



Reflejos de la guerra sucia en el estado de Guerrero



# Reflejos de la guerra sucia en el estado de Guerrero

Historia, literatura,  
música e imágenes

Ana María Cárabe  
*Coordinadora*

Judith Solís Téllez  
Francisco Ávila Coronel  
Maribel Nicasio González



PREFACIO . . . . .	5
Capítulo 1	
EL CORRIDO COMO TESTIMONIO POPULAR DE LOS PROBLEMAS SOCIOPOLÍTICOS DE LA GUERRA SUCIA DEL ESTADO DE GUERRERO, 1960-1980	
<i>Ana María Cárabe</i> . . . . .	11
La situación sociopolítica en el estado de Guerrero entre 1960 y 1980 . . .	12
El corrido: la visión popular de la Guerra Sucia . . . . .	24
La revolución inconclusa . . . . .	34
El imaginario del guerrillero expresado en el corrido . . . . .	45
Genaro y Lucio . . . . .	51
La percepción de la muerte de los guerrilleros . . . . .	61
Conclusiones . . . . .	70
Fuentes consultadas . . . . .	72
Capítulo 2	
LA VISIÓN OFICIAL DE LA GUERRILLA Y EL FENÓMENO DE LA MAGNIFICACIÓN EN EL CASO DE LA GUERRILLA DEL PARTIDO DE LOS POBRES (PDLP) (ATOYAC, GUERRERO)	
<i>Francisco Ávila Coronel</i> . . . . .	75
Primeras versiones sobre la guerrilla del Partido de los Pobres . . . . .	75
El enfoque oficialista y las policías políticas . . . . .	77
Testimonio falsificado: contrainsurgencia en la memoria . . . . .	81
Interpretación oficialista de la muerte de Lucio Cabañas . . . . .	87
La filtración del testimonio de Lucio Cabañas como estrategia contrainsurgente del ejército mexicano . . . . .	91
Significados de la expresión “guerrilla de Lucio Cabañas” . . . . .	94

La historia oficial contada por un sacerdote:	
Carlos Bonilla Machorro . . . . .	99
Reflexiones finales. . . . .	107
Fuentes consultadas . . . . .	108

### Capítulo 3

#### LA TEMÁTICA DE LA GUERRILLA EN LA OBRA NARRATIVA Y POÉTICA DE CUATRO ESCRITORES GUERRERENSES: BALOY MAYO, FELIPE FIERRO SANTIAGO, ROBERTO RAMÍREZ BRAVO Y JESÚS BARTOLO BELLO LÓPEZ. ANTOLOGÍA MÍNIMA

<i>Judith Solís Téllez</i> . . . . .	111
Introducción. . . . .	111
Ecos de la Guerra Sucia en la literatura guerrerense.	
Comentarios y análisis de textos . . . . .	113
Conclusión . . . . .	138
Baloy Mayo Ventura . . . . .	142
Lo que sucedió después. . . . .	144
Felipe de Jesús Fierro Santiago. . . . .	153
El silencio del viento. . . . .	154
El tercer soldado . . . . .	157
Roberto Ramírez Bravo. . . . .	159
Él. . . . .	160
Soldado. . . . .	168
Jesús Bartolo Bello López . . . . .	172
No es el viento el que disfrazado viene (poema en cuatro actos y una coda). . . . .	173
Fuentes consultadas . . . . .	181

### Capítulo 4

#### LA IMAGEN DE GENARO VÁZQUEZ ROJAS COMO SÍMBOLO Y REPRESENTACIÓN DEL MITO

<i>Maribel Nicasio González</i> . . . . .	183
Introducción. . . . .	183
Genaro Vázquez Rojas como símbolo . . . . .	184
El icono del guerrillero . . . . .	188
Organizaciones y movimientos sociales genaristas . . . . .	197
La Asociación Cívica Nacional Revolucionaria (ACNR) . . . . .	198
Liga Agraria Revolucionaria del Sur Emiliano Zapata (LARSEZ) . . . . .	201
Asamblea Popular de los Pueblos de Guerrero (APPG) . . . . .	204
Casas de estudiantes . . . . .	207
El magisterio y el guerrillero . . . . .	210
La Coordinadora Nacional de Trabajadores de la Educación (CNTE) . . . . .	210

Escuela Normal Rural "Profesor Raúl Isidro Burgos" . . . . .	213
Las mineras en la Costa Chica . . . . .	215
La caricatura . . . . .	220
Reflexiones finales. . . . .	223
Fuentes consultadas . . . . .	225
LOS AUTORES . . . . .	229

# La temática de la guerrilla en la obra narrativa y poética de cuatro escritores guerrerenses: Baloy Mayo, Felipe Fierro Santiago, Roberto Ramírez Bravo y Jesús Bartolo Bello López. Antología mínima\*

Judith Solís Téllez

## INTRODUCCIÓN

Este capítulo está dividido en dos partes. En la primera, se presenta un breve recorrido por lo que he denominado “Los ecos de la Guerra Sucia en la literatura guerrerense” enfocándome al comentario y análisis de los cuentos de Baloy Mayo, Felipe Fierro Santiago y Roberto Ramírez Bravo, así como del drama poético *No es el viento el que disfrazado viene* de Jesús Bartolo Bello López. La segunda parte es propiamente la antología de los textos analizados.

El primer objetivo de toda antología es la reunión de escritos dispersos. El valor de la que se presenta radica en que se juntan textos difíciles de conseguir que coinciden en la temática de la guerrilla y sus consecuencias; sin duda, un motivo sensible dentro de las letras guerrerenses. Recordemos que México vive las secuelas de ese periodo con “alrededor de 1,350 desapariciones forzadas, incluyendo 650 en Guerrero, de las cuales 450 habrían ocurrido en la región del municipio de Atoyac de Álvarez”.<sup>4</sup>

Patricia Cabrera y Alba Teresa Estrada en el libro *Con las armas de la ficción. El imaginario novelesco de la guerrilla en México* (2012) consideran que en nuestro país existe una novelística o narrativa sobre la guerrilla moderna del siglo XX:

\*Agradezco la beca del PECDAG en 2014, que me permitió desarrollar el proyecto en el género de ensayo “La literatura guerrerense de la Guerra Sucia”, así como también a el Apoyo a la reincorporación de exbecarios PromeP 2010-2011 que hizo posible la investigación titulada *Literatura y memoria histórica de la Guerra Sucia en el estado de Guerrero*. Todas las obras narrativas se reproducen con autorización de los autores.

<sup>4</sup>*Informe de Misión a México. Grupo de trabajo de la ONU sobre las desapariciones forzadas o involuntarias*, México, ONU-DH, 2012, p. 22.

En la historia literaria mexicana la novela sobre la guerrilla se estudia como parte de la narrativa política surgida tras el movimiento estudiantil de 1968. Gracias a que éste sucedió en la capital de México, se le reconoce como el momento climático del descontento acumulado en la era del “desarrollismo”; como el estallido social encabezado por las nuevas generaciones letradas contra el autoritarismo del régimen del PRI. Por lo tanto la narrativa sobre la guerrilla no goza de un enfoque exclusivo —salvo de unos cuantos críticos— sino que se la asimila a la llamada “saga del 68”.<sup>2</sup>

Sin embargo, como las mismas autoras lo reconocen, la novelística sobre la guerrilla ha ido adquiriendo reconocimiento de su existencia y en el *Diccionario de literatura mexicana, siglo XX* ya está incluida la entrada “Narrativa de la guerrilla”:

Explicando que a causa de que desde el sexenio de Gustavo Díaz Ordaz (1964-1979) surgieron grupos guerrilleros en México y aumentaron en el sexenio siguiente, emergió desde los años setenta “una serie de novelas” al respecto, paralela a la “literatura del 68” y también ligada a las clasificaciones “novela política”, “narrativa de la Revolución”, “narrativa de la pos-revolución”, “narrativa cristera” y “literatura de contenido social”. El tema adquiere dimensiones “épicas y literarias”.<sup>3</sup>

Las novelas analizadas en la obra citada —como lo aclaran las investigadoras— son aquellas que mantienen una postura izquierdista. Se encuentran las novelas de Juan Miguel de Mora: *La fórmula, si tienes miedo (novela con apéndice)*, *Gallo Rojo*; *El infierno de todos tan temido* de Luis Carrión Beltrán; *La revolución invisible* de Alejandro Íñigo; *Guerra y sueño* de Salvador Mendiola; *¿Por qué no dijiste todo?*, *La patria celestial*, *El de ayer es Él* de Salvador Castañeda; *Guerra en el Paraíso*, *Las armas del alba* y *La fuga* de Carlos Montemayor; *Veinte de cobre. Memoria de la clandestinidad* de Fritz Glockner, y *Septiembre* de Francisco Pérez Arce.

También en la literatura escrita por autores guerrerenses encontramos la temática de la guerrilla. Sin embargo, y pese al centralismo del país, considero que este tópico parte de los movimientos guerrilleros encabezados por Genaro Vázquez Rojas y Lucio Cabañas Barrientos y no el movimiento

<sup>2</sup>Patricia Cabrera López y Alba Teresa Estrada. *Con las armas de la ficción. El imaginario novelesco de la guerrilla en México*, vol. 1, México, UNAM-Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades, Col. Debate y Reflexión, 2012, p. 114.

<sup>3</sup>*Ibidem*, p. 116.

estudiantil de 1968. Además de la existencia previa de la guerrilla de Arturo Gámiz en Chihuahua, desde 1963 y su derrota con el asalto al cuartel Madera en 1965, Baloy Mayo escribe un relato que evoca dicha acción. La poética de estas obras, asimismo, tiene que ver con las consecuencias lacerantes de la represión hacia los grupos guerrilleros, como es la situación de los desaparecidos. Jesús Bartolo Bello López es un poeta atoyaquense, hijo de un desaparecido, quien en su poesía trata sobre esta desgarradora situación vital.

#### ECOS DE LA GUERRA SUCIA EN LA LITERATURA GUERRERENSE.<sup>4</sup> COMENTARIOS Y ANÁLISIS DE TEXTOS

Los ecos de la Guerra Sucia se expanden en la literatura guerrerense desde la referencia obligada a *Guerra en el Paraíso*, en donde Carlos Montemayor noveliza magistralmente las guerrillas rurales encabezadas por Genaro Vázquez y Lucio Cabañas. El trauma colectivo —consecuencia de la época represiva transcurrida alrededor de 1960-1970— ha empezado a expresarse en los diversos géneros y desde variados puntos de vista. En la narrativa Baloy Mayo trata esta temática en “Lo que sucedió después” (*Insolación en el Trópico*, 2000); Felipe Galván publicó *Cóndor a la luz de la luna* en el año 2002.<sup>5</sup> José Enrique González Ruiz cuenta la biografía no autorizada de Acosta Chaparro en *El banquito de la foto del recuerdo*.<sup>6</sup> En el libro de relatos: *Tempestades*, Enrique Galeana Laurel recrea diversos aspectos de lo ocurrido en Atoyac: desde el inicio de los conflictos escolares que desembocaron en el mitin del 18 de mayo de 1967, cuando el profesor Lucio Cabañas se ve obligado a escapar a la sierra e iniciar el movimiento armado. Incluye, asimismo una lista de los desaparecidos. También el relato *La agonía del Cenizontle* de Decidor Silva Valle trata de la matanza del 18 de mayo.

Entre las primeras publicaciones literarias sobre la represión en Guerrero podemos mencionar la obra de teatro de Felipe Galván, *La historia de Miguel*,

<sup>4</sup>Judith Solís-Téllez, “Los ecos de la guerra sucia en la literatura guerrerense”, *Tierra Adentro*, núm. 140, junio-julio, Conaculta, 2006. Rescato algunos párrafos de este texto.

<sup>5</sup>Felipe Galván, *Cóndor a la luz de la luna*, México, Col. Escenaria, Editorial Anónimo, Drama, 2002.

<sup>6</sup>José Enrique González Ruiz, *El banquito de la foto del recuerdo. El chino y el invidente (dos cuentos de la Guerra Sucia)*, México, Querétaro, Comisión Estatal de Derechos Humanos-Editorial Tierra Roja, 2003.

en donde cuenta la búsqueda del marido desaparecido de Margarita, cuya primera edición fue paralela en Cuba, y apareció en la *Revista Conjunto* de Casa de las Américas y en México en la antología *Más teatro joven de México*, en 1980. En 1985 salió a la luz el poema “¿Hubo una vez alguien llamado Alicia?” de Alejandra Cárdenas<sup>7</sup> y en 1987 los relatos basados en testimonios de Victoria Enríquez: “Tal vez ... un día” y “Entrando en la noche” de *Bajo el polvo de arroz*.<sup>8</sup>

El dolor por la pérdida de los seres queridos —por el hijo, por el padre desaparecido— se expresa en el poema de Arturo Martínez Reyes: “Perdidos en la guerrilla”:

Madres, con gotas del alma/  
huelen la sonrisa,/   
esperan de sus vástagos, la silueta o los huesos.<sup>9</sup>

y en los versos de Jesús Bartolo Bello López en su libro *No es el viento el que disfrazado viene* (2004):

Mi padre es una colección de fotos que no llegan a diez.  
Es sólo la preocupación perpetua de la abuela.  
Un rostro inmóvil del cual no sé su sonrisa.<sup>10</sup>

Los versos reflejan el dolor de un hijo a quien le desaparecieron al padre pero, sin duda, es también la voz que representa la pérdida de muchos. Aunque no se trate de una obra literaria, por su importancia, no podemos dejar de mencionar: *Voces acalladas. Vidas truncadas. Perfil biográfico de Rosendo Radilla Pacheco* (2007 [2002]) que incluya la biografía sobre su padre desaparecido:

<sup>7</sup>Alejandra Cárdenas, “¿Hubo una vez alguien llamado Alicia?”, en *Versos de amor y anarquía*, Serie Nuevos Escritores, núm 2, México, Universidad Autónoma de Guerrero, 1985, p. 21.

<sup>8</sup>Victoria Enríquez, *Bajo el polvo de arroz*, H. Ayuntamiento Municipal de Chilpancingo, 1987.

<sup>9</sup>Arturo Martínez Reyes, “Perdidos en la guerrilla”, *La piel se retuerce en el tiempo*, Acapulco, México, Taller Alebrije, 2004, p. 44.

<sup>10</sup>Jesús Bartolo Bello López, *No es el viento el que disfrazado viene*, México, Centro Toluqueño de Escritores-Instituto Mexiquense de Cultura-H. Ayuntamiento de Acapulco-Dirección de Cultura, 2004, p. 24.

Andrea Radilla Martínez logró documentar el primer caso de un desaparecido político mexicano, gracias a lo cual fue posible llevar el caso de don Rosendo Radilla ante la Corte Interamericana de Derechos Humanos, la cual encontró culpable al Estado mexicano por desaparición forzada de personas. La importancia de este acontecimiento trasciende el ámbito familiar ya que ha hecho posible que el Estado mexicano empiece a ser juzgado internacionalmente por el delito de desaparición forzada. Este acontecimiento inédito abre el camino para que empiece a llegar la justicia a los familiares de los desaparecidos: “de los sin rostros, de los que en su calladez son la espina. Si de ellos; los lluviosos, los sin nombre, de los que no se fueron, de los que se llevaron” como los nombra el poeta Jesús Bartolo.<sup>41</sup>

En la literatura guerrerense ha comenzado a expresarse, tardíamente, el duelo de la memoria colectiva, la amargura por desconocer lo ocurrido con los seres amados desaparecidos, la violencia de un tiempo que truncó numerosas familias [...] Una vida más rica en posibilidades. Con la protección del padre que brindaba seguridad económica, con el acompañamiento de una madre que no tiene que abandonar a sus hijos para buscar al marido, al hijo o hija. Sin la condena de vivir con la interrogante de si siguen con vida, de si tienen frío, de cómo murieron, si los torturaron o violaron. Con la pregunta candente: ¿dónde estás? (papá, hijo, hija, hermano). ¿Dónde están tus huesos para enterrarlos? ¿Para poder llevarte flores?

Este escrito trata sobre la narrativa literaria, incluyendo la poesía narrativa de Jesús Bartolo. Sin embargo, no pueden dejar de mencionarse los diversos libros testimoniales y biográficos que han aparecido y siguen apareciendo. Entre los autores que han publicado este tipo de obras en Guerrero podemos mencionar a: Arturo Gallegos, Simón Hipólito, Arturo Miranda Ramírez, Fernando Pineda Ochoa. También se han publicado libros biográficos y periodísticos sobre Genaro Vázquez, Lucio Cabañas y Carmelo Cortés, y recientemente, un libro colectivo sobre desaparición forzada en Atoyac.<sup>42</sup>

<sup>41</sup>Judith Solís-Téllez, “Dos casos de padres de familia desaparecidos en la guerra sucia de Guerrero: Rosendo Radilla Pacheco y Ausencio Bello Ríos”, en Rogelio Araujo Monroy (coord.), *Sueños de la ciudad. Violencia Social*, México, Fonca-Conaculta-La Lesque, 2014, pp. 117-129.

<sup>42</sup>Andrea Radilla Martínez y Claudia E.G. Rangel Lozano (coords.), *Desaparición forzada y terrorismo de Estado en México. Memorias de la represión de Atoyac, Guerrero durante la década de los setenta*, México, Plaza y Valdés, 2012.

En estos textos cobra un lugar importante la memoria, acerca de la cual Tzvetan Todorov reflexiona:

Cuando los acontecimientos vividos por el individuo o por el grupo son de naturaleza excepcional o trágica, tal derecho se convierte en un deber: el de acordarse, el de testimoniar [...] Para que la colectividad pueda sacar provecho de la experiencia individual, debe reconocer lo que ésta puede tener en común con otras.<sup>43</sup>

En esta breve antología el orden de aparición toma en cuenta la edad de los escritores: Baloy Mayo, Felipe Fierro Santiago, Roberto Ramírez Bravo y Jesús Bartolo Bello López, cuyo drama poético también es considerado como un poema narrativo por René Rueda.

Es una pregunta interesante el porqué en Guerrero han tenido que pasar alrededor de 30 años para la expresión literaria de las décadas de los sesenta a los setenta. Una respuesta se asoma en la voz de la escritora Victoria Enríquez: “antes no se hablaba de este tema y mucho menos se escribía”. La gente tenía miedo. Los habitantes del estado de Guerrero conocieron de cerca la represión. Incluso, como afirma Francisco Ávila en sus primeros trabajos periodísticos sobre el tema, no tan fácilmente se emiten opiniones por ser un asunto de riesgo tanto para el autor como para sus parientes.<sup>44</sup> Al paso del tiempo, los familiares de los muertos y desaparecidos han crecido y se han preparado para escribir y para investigar, para reflexionar y recrear literariamente, ése, su pasado.

La versión oficial de la memoria sobre ese tiempo, en la cual mucho tuvo que ver la prensa, no sólo disfrazó los movimientos guerrilleros dándoles el trato de delincuentes comunes, “roba vacas”, incluso llegó a recurrir a una retórica de la deshumanización para encubrir los crímenes del Estado, así los detenidos por el ejército llegaron a ser simples “paquetes” a los que se les podía aniquilar, torturar, violar, humillar de cualquier manera o arrojar como bultos desde los helicópteros o el avión Aravá que se utilizaba para los vuelos de la muerte.<sup>45</sup> Frente a la historia oficial, la litera-

<sup>43</sup>Tzvetan Todorov, *Los abusos de la memoria*, España, Paidós, 2008, pp. 26, 64.

<sup>44</sup>En el capítulo 2 de este libro Francisco Ávila Coronel trata de las dificultades en las investigaciones sobre el Partido de los Pobres (PDLP) tanto para el investigador, como para sus familiares y los testigos, debido al clima de represión.

<sup>45</sup>*Informe de la FEMOSPP. “Qué no vuelva a suceder”*, 2005 y Evangelina Sánchez Serrano, “Terrorismo de Estado y represión en Atoyac, Guerrero durante la Guerra Sucia”, en Andrea Radilla Martínez y Claudia E.G. Rangel Lozano (coords.), *op. cit.*

tura permite el rescate de la utopía, de los motivos de la lucha armada en contra de un Estado sordo y ciego, aliado de los intereses de los poderosos que no tomaba en cuenta las necesidades de apertura democrática de las clases medias ni le importaban las injusticias contra las mayorías empobrecidas. Las banderas de la dignidad que fueron enarboladas en las causas de los guerrilleros, quienes arriesgaron sus vidas por sus ideales, se rescatan a través de los imaginarios que se van construyendo en los textos literarios.

Y aquí hago una pausa para definir dicho concepto. Para Castoriadis resulta esencial y decisivo el componente imaginario de todo símbolo y de todo simbolismo, a cualquier nivel que se sitúen:

Recordemos el sentido corriente del término imaginario, que por el momento nos bastará: hablamos de imaginario cuando queremos hablar de algo “inventado” —ya se trate de un invento “absoluto” (“una historia imaginada de cabo a rabo”), o de un desplazamiento de sentido. En ambos casos, es tangible que lo imaginario se separe de lo real, ya sea que lo sustituya o no.<sup>16</sup>

Cuando Benedict Anderson trata de la comunidad imaginada señala el papel de la prensa y las novelas como mediadoras en la representación de la comunidad:

Podrá entenderse mejor la importancia de esta transformación [se refiere a la concepción de la simultaneidad], para el surgimiento de la comunidad imaginada de la nación si consideramos la estructura básica de dos formas de imaginación que florecieron en el siglo XVIII: la novela y el periódico [...] Estas formas proveyeron los medios técnicos necesarios para la “representación” de la clase de comunidad imaginada que es la nación.<sup>17</sup>

Baczko llama *imaginarios sociales* a las categorías de representaciones colectivas, ideas-imágenes de la sociedad global y de todo lo que tiene que ver con ella. Considera que una de las funciones de los imaginarios sociales consiste en la organización y el dominio del tiempo colectivo sobre el plano simbólico. Esta función es aparente en el caso de las utopías que

<sup>16</sup>Cornelius Castoriadis, *La institución imaginaria de la sociedad*, Barcelona, Tusquets Editores, 1983, pp. 201, 219.

<sup>17</sup>Benedict Anderson, *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, México, Col. Popular, Fondo de Cultura Económica, 1993, pp. 46-47.

conjuran el futuro al recibir y estructurar los sueños y las esperanzas de una sociedad distinta, y lo es menos en la memoria colectiva. Sólo en lo abstracto se oponen memoria y esperanza colectiva [utopías]; en la realidad histórica casi siempre una completa y alimenta a la otra. Solamente en los esquemas simplistas la utopía aparece siempre como “subversiva” y la memoria colectiva como “conservadora”; las realidades históricas demuestran ser mucho más ricas y complejas.<sup>48</sup> Para Baczko el imaginario es todo aquello que ha pasado a formar parte de la memoria colectiva, no importa si se trata de un hecho real o de algo inventado. Y a esta postura me sumo.

Este escrito es un trabajo inicial, un punto de partida, porque trató de un ciclo que no considero acabado, que seguirá produciendo obras literarias. Para esta versión he elegido a cuatro autores que han dedicado tiempo a su formación literaria y que a través de una escritura cuidadosa recrean aspectos diversos sobre la guerrilla y sus consecuencias. Baloy Mayo logra captar la atmósfera de solidaridad, pero también de desconfianza de los grupos guerrilleros y junto con Roberto Ramírez Bravo diseñan personajes heroicos que hacen el legado de sus vidas a la causa guerrillera por querer cambiar las condiciones de vida de los oprimidos. Felipe Fierro y Roberto Ramírez, a través de sus personajes militares captan la perspectiva del antagonista del guerrillero, el soldado. En las narraciones de ambos escritores el soldado de rango menor, desempeña los dos papeles: el de verdugo y el de víctima, al tener que obedecer órdenes. Los militares, aunque al principio tratan de justificar sus actos y acallar sus culpas, terminan enloqueciendo o suicidándose. En el poema de Jesús Bartolo tienen un papel importante los símbolos, que “son las piezas que intentan reconstruir algunos lugares dañados de la ‘memoria colectiva’ en el entorno de una experiencia traumática: una guerra de baja intensidad, cuyo fruto es el luto”.<sup>49</sup>

Ya avanzado el capítulo y próxima la fecha de su entrega, he encontrado escritos anteriores a la fecha de publicación de la obra de los escritores elegidos, entre ellos los textos mencionados de Felipe Galván, Victoria Enríquez y Alejandra Cárdenas. Y es posible que haya más en ediciones poco conocidas. También he tenido acceso a obras que se están gestando y a

<sup>48</sup>Bronislaw Baczko, *Los imaginarios sociales. Memorias y esperanzas colectivas*, Buenos Aires, Argentina, Ediciones Nueva Visión, 1991, p. 8.

<sup>49</sup>René Rueda Ortiz, “Un poema para el luto: *No es el viento el que disfrazado viene y sus símbolos*”, en Judith Solís-Téllez (coord.), *Aspectos de la literatura latinoamericana, siglos XX y XXI*, México, Col. Miradas del Centauro, Eón, 2014, p. 107.

otras más inéditas, que están concursando, y cuyos autores me han pedido discreción. Quedan pendientes las tareas de seguir con la búsqueda y de crear una antología, comentada, más amplia.

Aunque no se puede hablar de un *corpus* extenso de textos literarios, éstos siguen apareciendo. Incluso los relatos que seleccioné no pertenecen a obras que se centren en la temática de la represión. Sólo *No es el viento el que disfrazado viene* gira en torno a las vivencias infantiles en la población de Atoyac, el cerco militar, los desaparecidos: ausentes siempre presentes.

En la mayor parte de la narrativa de la guerrilla aparecen —por lo menos como referencia— las guerrillas de la Asociación Cívica Nacional Revolucionaria (ACNR) y del Partido de los Pobres (PDLP), que coincidieron en el tiempo y en el espacio de la sierra de Atoyac, como es el caso de la novela *Guerra en el Paraíso* de Carlos Montemayor, quien se centra en Lucio Cabañas a quien ve atado a su destino a manera de un héroe trágico.

En la narrativa literaria, Baloy Mayo trata sobre la guerrilla en el relato “Lo que sucedió después” (en *Insolación en el trópico*, 2000) en donde narra el encuentro de dos amigos; uno de ellos es guerrillero y la participación del otro, a través del periodismo y la escritura. En la trama, como parte de un plan de la guerrilla, una guerrillera se relaciona con un militar. Ella busca la compañía de uno de los amigos, mientras que el otro morirá en un enfrentamiento, en el cual salva a la guerrillera. La historia está contada en tercera persona por un narrador omnisciente, que les cede la voz a los personajes. Temo (abreviatura de Antelmo), el guerrillero, asiste a misa. Cuando sale de la iglesia Félix se le acerca. Temo es quien vive en el pueblo y Félix llega de la ciudad. Se trata de dos jóvenes, ya que Félix estudia y Temo le pregunta si ha estado en una cantina, a donde se dirigen. La cantina Prieta Linda está al otro lado del jardín. Empiezan la plática y Temo le explica a Félix que se encuentra colaborando con la guerrilla:

Empezó diciendo que el movimiento armado contaba con la simpatía popular, que había un número de hombres y mujeres con la disposición de alistarse en sus filas para combatir armas en mano y, otro más, que serviría en las distintas trincheras o tareas que se les encomendara; que él mismo ya había tomado la decisión de incorporarse en el trabajo de organización y propaganda.<sup>20</sup>

<sup>20</sup>Baloy Mayo, “Lo que sucedió después”, en *Insolación en el trópico*, México, Biblioteca Guerrerense, Grupo Jaguar Impresiones, 2000, p. 86.

A Félix le sorprende lo que ocurre en el estado, pero encuentra similitudes con lo que sucede en la capital del país, en donde radica. Él cuenta sobre la represión y por los acontecimientos que relata es posible ubicar que trata sobre lo que pasa durante 1968.

Félix es quien narra los acontecimientos y muestra entusiasmo por las ideas magonistas. Él es periodista de una revista política. En cambio se nota que Temo está más involucrado, por lo que cuenta el narrador omnisciente, quien asume la conciencia del personaje: "En cuanto a él, lo encontraron sospechoso en relación con ciertas armas, descubiertas por el ejército en una de las casas de seguridad que tenían en las inmediaciones".<sup>21</sup>

Es en la cantina en donde Félix conocerá a Daniela, a quien confunde con una sexoservidora, que le coquetea; pero él no la invita a sentarse porque piensa que ya habrá tiempo; él y su camarada tienen demasiadas cosas que contarse. Al día siguiente le pide información sobre ella a su amigo Temo, quien no le da muy buenas referencias. Le dice que la apodan "la Bandida", que había llegado hacía algún tiempo, dándose el título de líder de la juventud y que se pasea con el comandante del Batallón. Le advierte: "que parece ser una espía, que se quiere infiltrar entre los que de alguna manera estamos comprometidos con el movimiento armado".<sup>22</sup> La vuelve a ver al otro día en el río en donde nada con su amigo y quedan de reunirse pronto. Cuando vuelven a verse ella se muestra interesada en su profesión como periodista de una revista de política. Se nota prejuiciada en contra de su amigo Antelmo, porque les hizo perder un plan anterior por falta de discreción, le confía que es guerrillera que colabora con un grupo de la sierra y su salida con el comandante se debe a un plan para conocer el cuartel. Posteriormente, hay un uso de la enunciación escrita, por medio de una carta, en donde también le revela su verdadero nombre, le escribe que el plan casi salió bien, pero que ella fue capturada, aunque más tarde fue rescatada por su amigo Antelmo, quien murió en el combate.

La historia que se cuenta en "Lo que sucedió después" evoca el asalto al cuartel Madera o más bien a las victorias anteriores previas al asalto, que hizo pensar al grupo guerrillero de Arturo Gámiz en la posibilidad de repetir los éxitos anteriores y poder proveerse de armamentos y uniformes, en donde a su vez está presente el imaginario del asalto al cuartel Moncada, aunque fue una derrota militar para la guerrilla comandada por Fidel Castro

<sup>21</sup>*Idem.*

<sup>22</sup>*Ibidem*, p. 89.

sembró el espíritu de lucha que hizo triunfar a la Revolución Cubana. La historia amorosa entre Félix y la guerrillera queda inconclusa.

Baloy Mayo es un escritor interesado en la temática de la guerrilla. Ha ejercido el periodismo y ha obtenido algunos premios literarios.

Por su parte, Felipe Fierro Santiago es profesor y periodista. Nació en Plan del Carrizo, un pequeño poblado de la sierra de Atoyac, donde vivió su infancia y la época represiva de los años setenta, que lo ha marcado como escritor, como el mismo Felipe lo dice: "Todo parte de un ancla que quedó a raíz de haber vivido de niño el movimiento armado y la represión".<sup>23</sup>

La temática de la guerrilla aparece en algunos relatos de sus dos libros de narrativa: *Tierra mojada* (1998); *El silencio del viento* (2010) y en *El último disparo* (2006) en donde escribe sobre las diversas leyendas de Lucio Cabañas, cuando se dudó que el cadáver fuera el suyo, y corrieron las versiones de que había huido a Cuba, circunstancias todas en torno a la comprobación de sus restos.

Voy a presentar un breve análisis de dos cuentos de "El silencio del viento"<sup>24</sup> que giran sobre la época de la represión en nuestro estado y en el país. Trataré precisamente de la narración que da título al libro y de "El tercer soldado", en donde el autor ficcionaliza la situación de la tortura.

Esos momentos de gran tensión cuando el profesor Lucio Cabañas decide tomar el camino de las armas, hasta su muerte van a ser rescatados en "El silencio del viento" a través de dos personajes femeninos, tomados de la realidad, quienes cuentan sobre el día de la muerte de Lucio Cabañas y la frustración de no poder velarlo y enterrarlo, lo que compensan convirtiéndose en guardianas de su tumba.

La narración está escrita en tercera persona y es contada por un narrador omnisciente que conoce todo sobre los personajes. El tiempo en el que nos ubica es lo que ocurre el 2 de diciembre de 1974, el día en el que mataron a Lucio Cabañas en El Otatal. Una de las protagonistas es Elizabeth, de quien se nos da, brevemente, la descripción física: "[...] los cabellos canos, se acomodó los lentes de vidrio grueso y el rebozo tejido de hilo de seda negro con puntos blancos que apenas sobresalían, semejava carrillera de cuero en su menudo cuerpo".<sup>25</sup>

<sup>23</sup>Entrevista con Felipe Fierro Santiago, Atoyac, 7 de junio de 2014.

<sup>24</sup>Felipe Fierro Santiago, *El silencio del viento*, México, Col. ATL, IGC-H. Ayuntamiento Municipal de Atoyac-Conaculta, 2010.

<sup>25</sup>*Ibidem*, p. 49.

Elizabeth Flores Reynada fue una luchadora social. Formó parte de la Asociación Cívica Guerrerense, hermana del líder agrarista David Flores Reynada, y madre de crianza de su sobrina Hilda Flores Solís, quien fuera compañera de lucha en el magisterio de Lucio Cabañas.

Por medio de retrospectivas se revisa el pasado, cuando Lucio Cabañas hacía reuniones en la vieja casa y el día en que dejó de ser profesor para convertirse en guerrillero, el 18 de mayo de 1967, cuando Lucio Cabañas era el orador principal del mitin y pensaba regresar a su salón de clases en la Escuela Primaria Modesto Alarcón.

En el relato se vuelve ficción parte de la realidad. Para la trama del relato son importantes los dos personajes femeninos, Elizabeth e Hilda, quien por medio de la enunciación oral con apariencia de diálogo habla con Elizabeth, alternando con el narrador en tercera persona que cede la palabra a los personajes:

Su hija Hilda lloraba desconsolada en la banca que le robaba espacio al regordete guardarrropa: ¡Madre, es él! ¡Es él!, me lo confirmó el alcalde, lo llevaron los militares a identificar el cuerpo —La hija dejaba escapar las lágrimas que había mantenido escondidas durante siete años, ¡Ya me lo dijo el alcalde!; los militares lo llevaron a reconocerlo ¡Si voy me agarran! Lo sé, me lo dijeron —gemía suplicante la mujer que treintañera había sido cesada de su escuela por motivos políticos.<sup>26</sup>

En la narración se muestra el valor de Eliza (como también se le conocía) quien pese a su miedo, enfrenta a los militares y solicita velar y enterrar el cuerpo de Lucio Cabañas, sin pensar en las represalias en su contra:

—¿Qué era para usted el bandido? —exigió la voz de un oficial que sonriente mantenía en la mano el periódico vendido por la mañana —¡Era amigo y compañero de mi hija en el magisterio! —dijo Elizabeth sin bajar la mirada —¡Denme el cuerpo para velarlo y enterrarlo como Dios manda! —volvió a insistir la madre de Hilda.<sup>27</sup>

Aquí el personaje de Eliza evoca el personaje de Antígona, hija de Edipo y Yocasta, quien se propone enterrar por la noche el cuerpo de su hermano

<sup>26</sup>*Ibidem*, p. 20.

<sup>27</sup>*Ibidem*, pp. 21-22.

Polinices a pesar de la pena de muerte decretada por el déspota Creonte, gobernador de Tebas, para quien se atreva a enterrarlo.

Como información extra textual en esa fecha de la muerte de Lucio Cabañas, Hilda Flores Solís estaba en la cárcel, ya que el gobierno la relacionaba con el movimiento guerrillero de Genaro Vázquez. Desde luego en la ficción es completamente válida la presencia de Hilda. El sitio en donde fue enterrado Lucio Cabañas fue autorizado por el presidente municipal de ese tiempo, en un terreno de Elizabeth Flores Reynada; después encima de la tierra se hizo la tumba de un sobrino de ella.

En “El tercer soldado” la historia que se cuenta es la de los campesinos detenidos por ser “sospechosos de subversión”. El espacio en donde son torturados es el sótano, oscuro, lleno de ratas y con olor intenso a marihuana de un cuartel de donde salen los “bultos” que serán arrojados al mar por los helicópteros. Un narrador omnisciente en tercera persona penetra en la conciencia de los personajes. Inicia con el personaje que sufre tortura, a quien con una pinza le aprisionan los testículos que le sangran. Los soldados tratan de arrancarle alguna confesión, ya que se sospecha que es guerrillero. El segundo soldado se compadece del detenido, pero un tercer soldado lo presiona a obedecer las órdenes del militar de alto rango: —“No, ino puedo!, míralo con esa cara, no creo que sea guerrillero, si lo madreo me va a remorder la conciencia por toda mi perra vida. —Tienes que agarrar las pinzas —dijo el tercer soldado, que se imponía con dureza”.<sup>28</sup>

El cuento trata sobre las órdenes que los militares de menor grado deben obedecer, bajo la amenaza de ser también ellos torturados y sobre la culpa que siente el protagonista por haber sido el verdugo; sin embargo, las personalidades del segundo y tercer soldado pertenecen al mismo personaje que se enfrenta a sí mismo; el segundo soldado es compasivo; el tercero se impone, ya que al drogarse, su personalidad se metamorfosea, se vuelve cruel; pero el tercer soldado se suicida, pues tuvo que torturar a su propio hermano y no pudo soportar pensar en la posibilidad de que lo llegara a saber su madre:

El tercer soldado no sabía qué hacer, agarró su chaqueta manchada de sangre, caminó como robot por las polvorientas calles de la ciudad, su

<sup>28</sup>Felipe Fierro Santiago, “El tercer soldado”, en *El silencio del viento*, op. cit., p. 24.

mirada perforaba las piedras con que tropezaba en el camino, el segundo soldado iba con él, pero no hablaba, llevaban los mismos pies y la misma cabeza, el tercero lo había dominado.<sup>29</sup>

Felipe Fierro considera sus narraciones “como un reclamo por lo que se ha escrito, es un reclamo ante la versión oficial”.<sup>30</sup>

En el caso de Roberto Ramírez Bravo, quien ha ejercido el periodismo en diversos medios de Acapulco, aunque no ha vivido de cerca esa problemática sí la ha conocido cubriendo las notas sobre lo ocurrido en El Charco: “un episodio con una atmósfera en donde circula el fantasma de la guerrilla”, en palabras de Patricia Cabrera.

Roberto Ramírez Bravo es cuentista y novelista, autor de ensayos sobre literatura guerrerense; en sus narraciones presenta diversas perspectivas sobre la guerrilla, sin perder una posición a favor de los oprimidos.

En su novela *Las pausas concretas* (2009)<sup>31</sup> tiende un puente entre la así llamada Guerra Sucia, pasando por las matanzas de campesinos en Aguas Blancas, la masacre de El Charco, municipio de Ayutla, el arrebato de tierras a campesinos debido a la construcción de una presa, los riesgos a los que se exponen los emigrantes en sus intentos por llegar a Estados Unidos y la situación de la violencia causada por el narcotráfico.<sup>32</sup>

Los cuentos que voy a comentar son “Él” y “Soldado” del libro *Hace tanto tiempo que salimos de casa* (2005).<sup>33</sup>

En “Él” la lucha del guerrillero se asimila a la vida de Jesucristo, ya que es seguido por multitudes en su lucha contra la pobreza y por los milagros que puede hacer. Puede verse como una parodia tanto de las acciones de los guerrilleros, como de los militares. El protagonista vive fuera de la realidad y sus logros guerrilleros al principio son vistos como milagros. También las acciones militares son exageradas, parecen de ciencia ficción, se transforma el paisaje, cambiando el curso de los ríos y moviendo montañas para poder atrapar a los guerrilleros, con cuyos cadáveres rellenan barrancas.

<sup>29</sup>*Ibidem*, p. 26.

<sup>30</sup>Entrevista con Felipe Fierro Santiago, Atoyac, 7 de junio de 2011.

<sup>31</sup>Roberto Ramírez Bravo, *Las pausas concretas*, México, Praxis, 2009.

<sup>32</sup>J. Solís-Téllez, “Reseña de Roberto Ramírez: *Las pausas concretas*”, *Ide@s Concyteg*, 6, México, 2011, pp. 1075-1090.

<sup>33</sup>Roberto Ramírez Bravo, *Hace tanto tiempo que salimos de casa*, México, IGC-Conaculta-Praxis, 2005.

El amigo que cuenta la historia le hace contrapeso al protagonista. Uno es imaginativo, el otro, realista; a semejanza del Quijote y Sancho Panza. Recuerda, asimismo, la leyenda de Robin Hood que les quita a los ricos para darles a los pobres.

El argumento de esta narración trata sobre dos amigos de infancia y adolescencia que estudian juntos la secundaria y se interesan por las mismas lecturas. El más soñador se queda en el pueblo “del olvido” y mantiene correspondencia con el narrador-personaje que abandona el pueblo al concluir los estudios. Ninguno de los dos aparece con su nombre. Por medio del uso de la voz narrativa en primera persona nos introduce en la historia del tiempo compartido. Si bien pareciera que hay un solo narrador que cambia de la primera persona del singular a la primera persona del plural, siempre está presente el punto de vista del otro y de los otros que van notando las metamorfosis del protagonista. En este relato se presentan las relaciones dialógicas, propuestas por Bajtín, las cuales: “representan un fenómeno mucho más extenso que las relaciones entre las réplicas de un diálogo estructuralmente expresado, son un fenómeno casi universal que penetra todo el discurso humano y todos los nexos y manifestaciones de la vida humana, en general, todo aquello que posee sentido y significado”.<sup>34</sup> El yo y el tú de ambos actores se complementan.

La primera estampa de “Él” lo presenta en su decadencia: “Así lo vi la última noche del invierno, cuando aún tenía fuerzas para seguir viviendo y su organismo no había sucumbido a los estragos del alcohol: andaba con paso sigiloso arrastrando los fracasos de siglos que le colgaban por el cuerpo”.<sup>35</sup>

Hay una indefinición del tiempo, no se sabe cuánto transcurre después de que el narrador-personaje recibe una extensa carta de su amigo, en donde le cuenta sus planes hasta el final de la historia. Es por medio de las retrospectivas que nos vamos enterando de la relación entre los personajes desde su niñez y en la adolescencia, y de la protección que le brinda el narrador-personaje a su amigo. Se cuenta también cómo ambos logran entrar al sótano en donde se encuentra la biblioteca y las lecturas que comparten. Posteriormente, después de la secundaria se separan. El narrador-

<sup>34</sup>Mijaíl M. Bajtín, *Problemas de la poética de Dostoievski*, Primera reimpresión, Breviarios, 417, México, Fondo de Cultura Económica, 1988, p. 66.

<sup>35</sup>Roberto Ramírez Bravo, “Él”, en *Hace tanto tiempo...*, op. cit., p. 65.

personaje por medio de las enunciaciones escritas que se dan por medio de cartas y de sus escasas visitas al pueblo se va enterando de la metamorfosis de su camarada. Son varias las transformaciones del protagonista. Una de ellas es el rito de paso marcado por su encierro en la biblioteca de la escuela secundaria en donde estudiaron.

El retiro en la biblioteca marca, desde luego, la formación intelectual. También se nos presenta la naturaleza espiritual del personaje principal, a quien parece no interesarle lo material y siempre trae el hambre atrasada. Él toca fondo en el dolor cuando su hermana abandona el pueblo; sin embargo, una vez que supera esa pérdida cambia: “porque a partir de entonces se le vio andar con pasos sigilosos arrastrando una pesadumbre de siglos hasta que le volvió el color y sus pasos se hicieron ligeros y presurosos”.<sup>36</sup> Otra etapa que podemos señalar como la huida, ocurre cuando abandona el pueblo y se va convirtiendo en leyenda.

Esta huida puede verse a la vez como un encuentro simbólico con su padre, ya que su vida está marcada por su abandono; pese a ello, el protagonista se siente orgulloso de él, porque piensa que anda en búsqueda de una paz, luchando por una mejor vida o al menos eso es lo que cree, porque el narrador-personaje da la información de que su padre no luchaba por la paz del mundo, sino que los había abandonado a él y a su hermana y había muerto cuando, borracho, cayó a un precipicio. Vagando por el mundo es como “Él” encuentra su destino:

Se decía que encontró por accidente los secretos originales heredados por Jesucristo a sus apóstoles y que los había usado en su provecho, se dijo que arrastraba consigo los años de insomnio y de hambre y abandono que le habían hecho agraciado a los ojos de Dios y que hacía milagros y curaba a los enfermos con sólo tocarlos y que su voz tenía un tono de santidad [...] y cada día eran más los seguidores que abandonaban lo que no tenían para marchar tras él, y se decía también que nunca usaba sotana ni besaba la cruz ni rezaba las oraciones por todos conocidas, sino que hablaba de la libertad que Dios puso en cada persona y de la naturaleza divina de todos los seres del planeta, pero al mismo tiempo explicaba que nadie es pobre por naturaleza ni el sufrimiento es sinónimo de dignidad.<sup>37</sup>

<sup>36</sup>*Ibidem*, p. 71.

<sup>37</sup>*Ibidem*, pp. 71-72.

“Él” es visto como un sucesor de Jesucristo: ayuna, hace milagros y cura enfermos, lo cual lo compromete con los pobres y es por eso que decide tomar las armas para recuperar lo que considera que les han robado.

Otro momento importante es el regreso al pueblo, a donde llega con un ejército y su transformación en un Cristo:

Lo reconocieron todos, pero supieron que no era el mismo; su mirada era serena y su paso tranquilo, y su voz solemne y majestuosa, y tenía la expresión de alguien que ha viajado por todos los caminos. Llegó con unos cien campesinos de los pueblitos más pobres y arrumbados de la región, venían sudorosos, extenuados, con azadones y hoces, y machetes y martillos en las manos y más bien parecían el ejército más pobre y más triste del mismo infierno.<sup>38</sup>

Después de la primera carta, su amigo no vuelve a saber de él hasta que regresa un diciembre al pueblo y encuentra todo cambiado debido a que hay una ocupación militar.

Después de que los militares terminan con los rebeldes el narrador-personaje recibe una carta de su madre en donde le comunica que su amigo pudo escapar de los militares y al ver sus sueños destruidos, a sus hombres muertos volvió a su melancolía y se dejó atrapar por el alcohol y que: “murió de viejo y de borracho en el abandono silencioso de un monte cuya geografía había sido modificada sólo para apresarlos a él”.<sup>39</sup>

Como ya se ha dicho, también las acciones de los militares, que son los antagonistas, aparecen con rasgos exagerados. En la represión que ejercen contra las poblaciones campesinas son capaces de cambiar el paisaje, de mover cerros, de cambiar el curso de los ríos para apresar a un ejército fantasmagórico. Cometan todo tipo de crímenes lo cual, desde luego, aunque parezca fantasía evoca la realidad. Y además del combate en contra de los guerrilleros la represión es en contra de cualquier sospechoso. Para los militares cualquiera puede ser guerrillero o su auxiliar.

El final queda abierto ya que el narrador-personaje informa que su amigo no murió, sino que se encuentra a su lado y piensa volver a la lucha.

Los adjetivos que se utilizan van volviendo maravillosa la realidad: “pueblo de olvido”, “ejército fantasmagórico”, “la niebla”, que es parte de la

<sup>38</sup>*Ibidem*, p. 72.

<sup>39</sup>*Ibidem*, p. 76.

atmósfera de los relatos de Roberto Ramírez Bravo. Así, aunque lo que se cuenta es una represión terrible, por la adjetivación, el relato va adquiriendo una atmósfera de sueño o pesadilla. Y al final queda la esperanza del regreso del amigo, lo cual también recuerda las leyendas de guerrilleros. El hecho de que la gente no crea que hayan muerto y que puedan regresar, como se dice de Emiliano Zapata, Lucio Cabañas y Genaro Vázquez.

En el cuento “Soldado”,<sup>40</sup> Roberto Ramírez Bravo da la versión desde un narrador-personaje, miembro del ejército. En la historia, la voz narrativa que se escucha es la de un soldado que revela sus crímenes. Hay momentos en los que el monólogo da la apariencia de diálogo, pero es a través de la misma voz narrativa que se muestra brevemente el punto de vista del otro interlocutor, el sacerdote: “¿Que si me arrepiento? Tal vez, no sé”.<sup>41</sup> Por la enunciación oral que presenta el relato pareciera que escuchamos la aparente confesión de un soldado a un sacerdote que está a punto de officiar la misa de cuerpo presente de un militar. El narrador-personaje trata de liberarse de la culpa que lo atormenta por haber asesinado a “un indio”. En la narración se expresa por medio de negaciones el contraste entre el actuar del soldado y el daño que no le han hecho los otros: “Yo lo maté padre. No me había hecho nada. No violó a mi mujer ni asesinó a mis hermanos, ni tiró mi troje, ni incendió mi pueblo”.<sup>42</sup> Todas esas negaciones arrojan las acciones cometidas por los militares representados en el soldado que se confiesa. Sin embargo, el protagonista no se excusa en el argumento de las órdenes, acepta su responsabilidad: “Decirle que fueron órdenes no sería exacto. Sí nos mandaron a acabar con los guerrilleros”. Aunque encuentra en la metáfora del mal, representada en el diablo, la justificación para su conducta: “Lo que a mí me pasó fue más grande. Era el diablo el que hablaba y actuaba por mí”.<sup>43</sup>

En el *Diccionario de retórica y poética* de Helena Beristáin, entre las definiciones de metáfora, se da la siguiente:

Figura importantísima (principalmente a partir del Barroco) que afecta el nivel léxico/semántico de la lengua y que tradicionalmente solía ser descrita

<sup>40</sup>El análisis de este cuento forma parte de mi escrito “El papel de la memoria y la retórica de la deshumanización en dos discursos militares”, en Vitale María Alejandra y Philippe-Joseph Salazar (coords.), *African Yearbook of Rethoric. Rhetoric in South America*, 2013 (ebook).

<sup>41</sup>Roberto Ramírez Bravo, “Soldado”, en *Hace tanto tiempo...*, op. cit., p. 47.

<sup>42</sup>*Ibidem*, p. 45.

<sup>43</sup>*Idem*.

como un tropo de dicción o de palabra (a pesar de que siempre involucra a más de una de ellas) que se presenta como una comparación abreviada y elíptica (sin el verbo): en lugar de “cabellos como el oro” (“cabellos color dorado”).

La metáfora (como la comparación, el símbolo, la sinestesia) se ha visto como fundada en una relación de semejanza entre los significados de las palabras que en ella participan, a pesar de que asocia términos que se refieren a aspectos de la realidad que habitualmente no se vinculan. Es decir, la metáfora implica la coposición de *semas* (unidades mínimas de significación) que se da en el plano conceptual o semántico (o la coposición de partes, dada en el plano material o referencial, cuando la metáfora no es lingüística —Grupo “M”—), y en esta figura se manifiesta la identidad parcial de dos significados, paralelamente a la No identidad de los significantes correspondientes.<sup>44</sup>

En la historia del cuento “Soldado” hay una clara división de lo que era el actuar insensible del militar y el delirio de persecución que lo acosa en cuanto mata a ese hombre, indefenso. Sus ojos lo persiguen, su mirada sin rencor lo enloquece y la existencia del militar pierde su sentido: “Hasta ese momento yo pensaba o sentía o imaginaba que aquel hombre era sólo un indio, y esa palabra para mí, en ese instante, era sólo como un número, como un muñeco, pero nunca como una persona”.<sup>45</sup>

Podemos encontrar en el uso del vocablo “indio”, una evocación de la argumentación de los conquistadores españoles y portugueses cuando “descubrieron” América, que es cuando aparecen las palabras: “indio, negro y blanco”, cada una de las cuales borra las identidades étnicas o las diferencias culturales por una generalización. La palabra “indio” como se sabe alude a la ignorancia de Cristóbal Colón, quien creyó haber llegado a la India y el hecho de considerar a los indios como irracionales para justificar la Conquista y con ella la explotación de las tierras y de los seres humanos descubiertos. También da cuenta de la discriminación que se vive en México.

La historia da principio con la marcha de vehículos militares por la zona de guerrilleros, confiados en el “blindaje de nuestros vehículos y en el número de nosotros y en el armamento que llevábamos”.<sup>46</sup> No obstante,

<sup>44</sup>Helena Beristáin, *Diccionario de retórica y poética*, México, Porrúa, 2010, pp. 310-311.

<sup>45</sup>Roberto Ramírez Bravo, “Soldado”, en *Hace tanto tiempo...*, op. cit., p. 45.

<sup>46</sup>*Idem*.

los guerrilleros los sorprenden en una emboscada, en donde el ejército pierde a varios de sus miembros, y también la seguridad. Al protagonista lo hiere una bala en el dedo meñique. Después de este ataque, las órdenes son las de cazar a los guerrilleros y se aprueban los actos de violencia para acabar con ellos. El mecanismo de la despersonalización opera en el actuar del protagonista. Al principio, por no identificar al otro como ser humano semejante a él, esa misma sensación de irrealidad le permite violar a las mujeres, asesinar a los otros, tirar las trojes e incendiar pueblos. Se pierde la noción del tiempo, pero es la caída de la noche la que devuelve el miedo de un nuevo ataque de los guerrilleros: “¿Cómo saber en esos momentos dónde estaba la realidad y dónde empezaba la pesadilla de aquella caminata absurda hacia ninguna parte?”<sup>47</sup>

Hay un cambio de roles en donde el verdugo se convierte en víctima, lo cual ocurre después de matar al “indio”. El soldado pierde la indiferencia o la seguridad con la que podía ultrajar a los otros, se obsesiona con los ojos del hombre, que lo persiguen a donde quiera que vaya. Cuando lo golpea hasta matarlo y le da un balazo entre las cejas es porque su mirada desnuda sus emociones: “Lo he vuelto a ver en las laderas, en el hospital, en el depósito donde fueron llevados los cadáveres de los soldados para que no se descompusieran”.<sup>48</sup> De pronto lo único que busca es escapar de aquel indio que lo persigue desde adentro “ese a quien convertí en fantasma”.

En una lectura cuidadosa del texto encontramos indicios en la narración de que a semejanza de los personajes de la novela *Pedro Páramo* de Juan Rulfo, el narrador-personaje que cuenta la historia es un muerto. En más de una ocasión hay alusión a la herida del dedo meñique del soldado durante el ataque de los guerrilleros. Se va construyendo una atmósfera fantasmagórica mediante la indefinición del tiempo: “Hace tres días, o un mes, o un año, no sé bien, dejé el servicio militar [porque] ya no puedo matar números, no puedo crear otras estadísticas”.<sup>49</sup> Se hace referencia a la misa de difunto que el padre va a officiar y aunque sabemos que la misa es de un soldado muerto ignoramos la personalidad del otro militar, pues en ningún momento se dice que se trate de algún compañero de batallón del personaje principal. Lo que prevalece es la obsesión del soldado con la

<sup>47</sup>*Ibidem*, p. 47.

<sup>48</sup>*Ibidem*, p. 49.

<sup>49</sup>*Ibidem*, p. 48.

mirada del “indio” al que mató y su soledad, como si estuviera en un ataúd aislado de todos: “Y yo aquí, padre, tengo miedo. Porque nadie me mira, porque nadie tropieza con mi cuerpo ni se topa con mi mirada”.<sup>50</sup>

Cómo hemos visto, el papel de la memoria en el cuento “Soldado” enloquece al protagonista.

En el discurso literario por medio de la palabra “indio” se equipara un discurso militar con la justificación de un conquistador. La palabra “indio” y la palabra “subversivo” deshumanizan al otro, lo transforman en objeto al que se puede hacer cualquier cosa. En el discurso literario podemos encontrar una ironía en el sentido de que el militar que confiesa sus crímenes está muerto; lo cual, por otro lado, convierte a este relato en un símbolo de la realidad mexicana en la cual se apuesta precisamente al olvido y a la muerte de los represores que formaban parte del Estado, así como a la extinción de los familiares de sus víctimas.

El libro *No es el viento el que disfrazado viene*<sup>51</sup> de Jesús Bartolo Bello López puede clasificarse en diversos géneros. Es un drama poético o un poema dramatizado. También puede verse como una biografía poética sobre su padre desaparecido. René Rueda lo considera una poesía narrativa, pero también reflexiona que dicha obra:

[...] es una elegía narrativa dramática enrarecida por la alegoría y las imágenes herméticas por mencionar las figuras retóricas más predominantes. Hay que advertir que NVDV<sup>52</sup> puede ser tomado debido a su estructura, como una *obra* de teatro: posee presentación de personajes y lleva como subtítulo *Poema en cuatro actos y una coda*, así, el discurso se desarrolla en estos cuatro actos y en la coda.<sup>53</sup>

A través de su poesía, Jesús Bartolo Bello López ha convertido en un símbolo de los desaparecidos a Ausencio Bello Ríos, quien fue detenido en un retén militar de Zacualpan, el 23 de agosto de 1974, por el ejército:

Durante la integración del expediente de queja que se analiza, esta Comisión Nacional recabó diversas constancias relacionadas con el caso del

<sup>50</sup>*Ibidem*, p. 49.

<sup>51</sup>Jesús Bartolo Bello López, *op. cit.*

<sup>52</sup>Iniciales de *No es el viento el que disfrazado viene*.

<sup>53</sup>René Rueda, *Los símbolos de No es el viento el que disfrazado viene*, tesis de licenciatura en Letras Hispánicas, México, UAM, 2014, p. 27.

señor Ausencio Bello Ríos, dentro de las cuales destaca por su importancia la denuncia de hechos presentada [...] el 23 de abril de 2004, ante el agente del Ministerio Público de la Federación, titular de la mesa VI de la Dirección de Apoyo a Fiscalías y Mandamientos Judiciales de la Dirección General del Ministerio Público Especializado "A", en la que refirió, entre otras cosas, que su hijo fue detenido por elementos del ejército mexicano en el municipio de Zacualpan, Guerrero, cuando se encontraba trabajando en una camioneta, la cual también le quitaron; asimismo, señaló que al parecer los militares se encontraban al mando de Arturo Acosta Chaparro, porque así lo refería la gente. Dicha denuncia dio lugar al inicio de la averiguación previa 26//DAFMJ/01.<sup>54</sup>

En el expediente de Ausencio Bello Ríos son más los datos que no aparecen que los que se tienen. No se dice que tenía 24 años cuando fue detenido. No tenía nexos con la guerrilla. Durante algunos años trabajó como chofer repartiendo masa a las tortillerías. Su abuelo, al ver la oportunidad de que iniciara su propio negocio, le compró una camioneta, la cual todavía estaba pagando y la ocupó en el transporte de pasaje. Hacía la ruta Atoyac-Zacualpan, trabajó su camioneta alrededor de un año, luego fue detenido. Estaba casado con Guadalupe López Mondragón, con quien tuvo dos hijos, Jesús Bartolo y María Natividad. Fue hijo de Rafael Bello Funes y Aleja Ríos García. Era el tercero de cuatro hermanos: Obdulio, Rafael, Ausencio y Fausto.

El día que detuvieron a Ausencio Bello Ríos su familia lo esperaba porque los iba llevar a pasear a la sierra. Su esposa Guadalupe recuerda que el 13 de agosto de 1974:

Me dijo que arreglara los niños. Íbamos ir a conocer San Francisco del Tibor. Él llevó un viaje primero a Zacualpan, de donde venía de regreso. A los pasajeros los bajaron, mientras a Ausencio y a su chalán los amarraron, los vendaron de los ojos y se los llevaron en la camioneta. Después encontraron la camioneta por la panificadora, la llevaba un militar manejándola. Lo anduvimos buscando. En ese tiempo estaba feo. No dejaban pasar en el cuartel. Nunca supimos por qué se lo llevaron. Después de meses o años nos quisieron embargar la casa porque estaba respondiendo [como garantía] por la camioneta. En ese tiempo se estaban llevando elecciones para gobernador. Como pude me acerqué a Figueroa para decirle lo que había pasado

<sup>54</sup>Expediente de Bello Ríos-Ausencio, Comisión Nacional de los Derechos Humanos.

con mi marido, con la camioneta, con la casa. Él me dijo: “Me vas a ver el 6 de abril”. Me dejaron entrar en audiencia. Tenía ese problema que nos querían desalojar de la casa. De la agencia cada mes llegaba una letra, habíamos pagado 10 y eran 24 letras. La camioneta nunca nos la regresaron, ya no nos la siguieron cobrando a partir de eso. Para uno de madre peor. Un calvario para mis dos hijos. Así fue como los sacamos adelante haciendo pan con mi suegra. Estudié desde la secundaria hasta la Normal para trabajar como maestra. Yo al principio mucho lo busqué.<sup>55</sup>

En el expediente no se dice que la madre vivió en angustia permanente por su ausencia. Ni que dos hijos que crecieron sin su padre, ni de la amargura de su esposa.

Cuando lo detuvieron en el retén militar de Zacualpan sus hijos estaban muy pequeños, Jesús Bartolo, el mayor, sólo tenía cuatro años: “de él, que se fue cuando su memoria no tenía brazos para asir recuerdos”.<sup>56</sup>

El poeta nos interna por los senderos íntimos de su dolor por medio de la línea amarilla, metáfora de la carretera que llega a Atoyac, a la sierra, a la pérdida del padre desaparecido. “Narrador: con la línea amarilla llegaron los armados verdes y la gente se volvió hosca y desconfiada. La palabra desaparecido ramificó sus letras”.<sup>57</sup>

En este poema dramatizado pareciera que los personajes pueden intercambiarse porque tal vez se trate de un sólo personaje que se disfraza de los otros, incluso de los desaparecidos: Mabré, el niño del cuadro, el coro, el narrador, la comadre, la abuela, el viento. Aunque, según René Rueda sólo hay dos personajes:

La hipótesis es que no hay más que dos personajes y una serie de símbolos que abren sus significaciones en el discurso solitario de un yo poético (primer personaje) llamado Mabré: [...] Mabré es todas las voces y a su vez ninguna. Estos símbolos lucen disfrazados de entidades como: el viento, la lluvia, la comadre o el padre. El propósito será interpretar la significación de éstos para así demostrar el puente hacia el segundo personaje: la abuela, cuya ubicación se encuentra en los márgenes del discurso, y posee la propiedad de la memoria intacta.<sup>58</sup>

<sup>55</sup>Entrevista con Guadalupe López, Chilpancingo, 17 de abril de 2012.

<sup>56</sup>NVDV, p. 23.

<sup>57</sup>*Ibidem*, p. 17.

<sup>58</sup>René Rueda, *op. cit.*, p. 27.

El padre con el nombre de la ausencia: Ausencio Bello Ríos, que a su vez simboliza otras no presencias:

Mabré, tu dolor es de lejos. Son tus labios que no dijeron muchas veces padre. Son tus manos que no le abrazaron; es la ternura que tienes dentro como un cáncer. Son los días en los que esperabas mirarle llegar por el final de la calle. Es tu forma de odiarle con ese amor con el que muchas veces le reprochaste a Dios. Eres tú, Mabré. Eres tú Mabré, el que rumia la vida y no la ladra.<sup>59</sup>

Aunque en la "Liminar", Eduardo Osorio comenta que "No es el duelo por una muerte sino batalla por (re)hacer un destino o cumplir un destino: representar al médium que convoca a los desaparecidos durante la Guerra Sucia; hablar por el padre, ser el padre viento".<sup>60</sup> Sin duda, el libro de Bartolo expresa el duelo por su padre y a la vez de los demás desaparecidos:

Mabré: Más de una vez le miré buscar rostros en su memoria y encontrar siluetas blancas. Ahora sé eran nombres y rostros de los desaparecidos.  
Comadre: De los que nunca se van, de los que por olvido siguen vivos y tanta muerte no les hace falta.<sup>61</sup>

Aunque la obra está estructurada como obra de teatro, no hay acciones que avancen hacia el desenlace, como señala René Rueda, a quien citaré en extenso:

Los cuatro actos no marcan una progresión, como en el teatro, sino estados de ánimo.

En el acto uno se cuenta y se realiza la incertidumbre de Mabré, pues éste realiza desdoblamientos representados por los demás personajes, para que éstos contesten la pregunta que lo obsesiona, misma que se puede formular de la siguiente manera: ¿dónde está mi padre? [...] Para el acto dos la incertidumbre ha dado lugar a la desesperación. La orfandad de Mabré; el "estar ahí" arrojado al mundo, lo conduce a la tentativa de suicidio. El tercer acto simboliza la nostalgia, en él hay una rememoración de lo perdido; de aquellas cosas que desaparecieron a la par con la figura del padre. En el tercer acto el pueblo es una historia que duele [...] El acto tercero es

<sup>59</sup>*Ibidem*, p. 26

<sup>60</sup>*Ibidem*, p. 7.

<sup>61</sup>*Ibidem*, pp. 16-17.

también aquel donde la presencia de la “memoria colectiva” se torna más vigente. Debido a la añoranza clara de lugares, personas, animales y atmósferas, esto es posible, las voces de Mabré, de la comadre y de el viento sirven de ejemplo[...]Este acto contiene también el grueso de la historia que acabó con la presencia del padre, me refiero al hecho de la intromisión militar en el territorio “Mabré”, para combatir a los rebeldes. Por eso en este acto se hace alusión a una “plaza donde comenzó la historia”[...] Al canto tercero le sigue una coda cuyo fin es hacer un resumen de la historia de NVDV. Aunque también puede notarse que, como ya está próximo el final, esta coda tiene la intención de agilizar el ritmo; de arremolinar los hechos para darle una elevación artística al cuarto y último acto [...] En el cuarto acto las incógnitas se resuelven de manera dolorida. Mabré se desnuda en un verso, cuya oralidad invalida todo discurso lírico; de nuevo, ante la realidad de la muerte del padre, Mabré representa lo colectivo masculino.<sup>62</sup>

El imaginario que se va construyendo en el libro tiene que ver con lo oculto, lo secreto, la imagen de la tortura. La pregunta sobre el destino de su padre y las posibles respuestas a lo que pudo ocurrir; entre ellas, las imágenes de tortura:

Coro: (sale de escena mientras un proyector muestra imágenes de una gota cayendo sobre la cabeza de un desaparecido).<sup>63</sup>

En el primer acto aparece la imagen del padre vivo, un campesino como muchos de los que se llevaron, ajenos a la guerrilla con las manos llenas de ampollas:

Háblame de él, viento; de él,  
que entre tus costillas vivió la historia de  
Mabré; de él, que de la mano tuya se bañó en  
el río; de él, que sembró almendros y mangos  
y supo de ampollas en la mano y anduvo  
caminos porque tal vez sabía.<sup>64</sup>

<sup>62</sup>*Ibidem*, pp. 41-48.

<sup>63</sup>*Ibidem*, p. 20.

<sup>64</sup>*Ibidem*, p. 23.

Otra imagen muestra a su padre, podemos suponer que después de la tortura, muerto en vida:

Ahí está tu padre: sentado en el fondo, con ese fuego en los ojos que es el recuerdo, bajo la sombra de un almendro tumultuoso. El aire no logra desenfadar su postura. Suda. Hay fatiga en su rostro, tiene las piernas desguanzadas y las manos sobre la barriga, respira pausadamente con desgano; todo él es ausencia. Míralo: te sonrío Mabré; acércate a su pecho. Escucha, sabe que ha de irse; por eso sus ojos se han puesto vidriosos. Prueba la sal de sus lágrimas y atrapa esa palabra.<sup>65</sup>

Con los militares llega el luto, la orfandad, la violencia. Los desaparecidos son:

siluetas blancas [...] los que nunca se van, de los que por olvido siguen vivos y tanta muerte no les hace falta [...] los sin rostros, de los que en su calladez son la espina. Sí, de ellos: los lluviosos, los sin nombre, de los que no se fueron, de los que se llevaron[...] Los solos se comen las uñas y al igual que los gatos buscan un tejado donde guarecerse del olvido. Me duelen los que partieron y que no se han ido. [...] que a su vez busca las cornisas donde Mabré se sabe un forastero, que va deshuesándose y deshuesándonos el pensamiento. —¡Mabré! ¡Mabré! En qué parte del mar naufragas, en qué parte de ti andas perdido, a qué silencio concurre, en qué polvo indagas el polvo que eres. En qué árbol sesteas la mirada? Dímelo, Mabré.

<sup>65</sup>*Ibidem*, p. 57.

[...] rezos que los hagan fantasmas ciertos; [...] el rostro blanco del desaparecido; [...] aquellos signos que del polvo.  
Aquellas caras que en el silencio.<sup>66</sup>

En la poesía se encuentra ese imaginario de lo ocurrido con los desaparecidos, la *vox populi*, porque hasta la fecha no ha habido un reconocimiento por parte del gobierno de sus actos. La sospecha de la existencia de algún cementerio clandestino:

[...] Huesos que reposan bajo el asfalto, florecen  
como ciruelos y palmas, como zacates y baches  
sin recuerdos.<sup>67</sup>

O de que fueron arrojados al mar:

[...] como el grito de una madre  
que sabe que del mar llegarán sus voces,  
mas no sus huesos,  
para que el alma descanse.<sup>68</sup>

Imágenes de la flora y la fauna se dan la mano con los chaneques y caiquemas; seres vivos y de la magia local. Las estampas del pueblo con sus casas de corredores y tejados rojos, con ventanas abiertas para que el aire ventile las viviendas. El paisaje participa vivamente, con aves agoreras que presagian la desgracias, con pájaros que exilian al pueblo de sus cantos, las hormigas que también desaparecen ante la tala de los almendros por la llegada de la línea amarilla y los “armados verdes” con sus camiones verde olivo que penetran al pueblo y a su sierra para sembrar la orfandad y la viudez:

Tras  
Plas  
contra las piedras

<sup>66</sup>*Ibidem*, pp. 16, 17, 20, 21, 22, 25, 52, 61 y 62.

<sup>67</sup>*Ibidem*, p. 50.

<sup>68</sup>*Ibidem*, p. 72.

y plas  
tras  
el sainete,  
polvo jinete,  
así caerás:  
sobre la árida lluvia del destino que babea  
huérfanos y viudas,  
consignas y manifiestos,  
zozobras y duros días.<sup>69</sup>

Jesús Bartolo desconfía de la justicia mexicana, con el libro sobre su padre recurrió al poder de la voz poética para no olvidar, para de esa manera aceptar el duelo por un padre que, está seguro, ha muerto.<sup>70</sup> Aunque le parece importante la lucha de Tita Radilla por el esclarecimiento de la situación de su padre, Rosendo Radilla Pacheco, él acudió a sus propios recursos para saldar esa cuenta y seguir su camino, sin que eso signifique abandonar la memoria de su padre.

Sin duda la obra de Andrea Radilla Martínez y la de Jesús Bartolo Bello López, que coinciden en la temática del padre desaparecido, aunque hayan optado por caminos diferentes, contribuyen, cada una a su manera, a expresar la herida lacerante del no olvido a la búsqueda de la justicia.

A través de su poesía, Bartolo recuperó la memoria de su padre y nos hizo inolvidables a los desaparecidos: “¿Ves, Mabré, cómo tu tristeza es antigua? De qué sirve que diga: tu padre era un ciruelo de frutas dulces. Decirte: su voz fulgía como chicharra en la tarde y sus manos ramas de parota te abrazaban pájaro o duende dormido”.<sup>71</sup>

## CONCLUSIÓN

La poética de la Guerra Sucia de los escritores guerrerenses se va construyendo con diversos imaginarios. La definición de poética en el *Diccionario* de Helena Beristáin remite a la función lingüística, a la retórica y a los géneros como

<sup>69</sup>*Ibidem*, p. 71.

<sup>70</sup>Entrevista con Jesús Bartolo, Chilpancingo, 17 de abril de 2010.

<sup>71</sup>*Ibidem*, p. 25.

“La tendencia hacia el mensaje como tal”, pues en ella el signo artístico se refiere a sí mismo; Por ello la función poética sobrepasa los límites de la poesía [...] y por ello el análisis lingüístico de la poesía no puede limitarse al estudio de su función poética.<sup>72</sup> [...] En la actualidad suele llamarse retórica solamente a [...]: *la elocutio*, el lenguaje figurado; es decir, a la parte denominada *electio* que normaba la elección de los giros verbales que individualizan el discurso y determinan la producción de efectos estilísticos.<sup>73</sup> [...] El desarrollo de la *elocutio* retórica, ligada a la poética o teoría de la literatura, hace a ésta intrincada e impulsa el desarrollo del proceso literario.<sup>74</sup> Género: clase o tipo de discurso literario —determinado por la organización propia de sus elementos en estructuras— a que puede pertenecer una obra. Espacio configurado como un conjunto de recursos compositivos, en el que cada obra “entra en una compleja red de relaciones con otras obras” (CORTI) a partir de ciertos temas tradicionales y de su correlación, en un momento dado, con determinados rasgos estructurales (prosa, verso, narración, etcétera) y con un específico registro lingüístico.<sup>75</sup>

La poética, pues, tiene que ver con las diversas estructuras del discurso literario que pueden estar determinadas por el género, la temática y el estilo del autor.

En la narración de Baloy Mayo “Lo que sucedió después” tiene lugar un ataque a un cuartel que evoca lo ocurrido con el grupo guerrillero de Arturo Gámiz en Madera, Chihuahua en 1965, pero en la ficción los guerrilleros triunfan, a pesar de las bajas, logrando abastecerse de armamentos. Acerca de los grupos armados prevalece el imaginario del heroísmo, la apuesta de arriesgar la propia vida por la causa y que en el relato citado permite salvar la vida del otro, aunque esto implique perder la propia vida; es lo que ocurre con Antelmo, quien salva a Estela Mastache y como lectores nos enteramos por medio de la enunciación escrita de la carta que escribe la guerrillera a Félix. Pese a la atmósfera emocional previa de intrigas y desconfianza entre los mismos guerrilleros.

“El silencio del viento” de Felipe Fierro abona otro personaje que rememora la tragedia griega, Elizabeth, que reclama el cuerpo de Lucio Cabañas

<sup>72</sup>Helena Beristáin, *op. cit.*, p. 225.

<sup>73</sup>*Ibidem*, p. 428.

<sup>74</sup>*Ibidem*, p. 435.

<sup>75</sup>*Ibidem*, p. 231.

para darle sepultura y lo hace a pesar del temor que siente a enfrentarse a los militares, quienes detenían, torturaban y desaparecían personas impunemente. Elizabeth aquí recuerda al ya mencionado personaje de Antígona.

Se recupera el valor de la dignidad para la muerte del guerrillero. En el cuento “Él” de Roberto Ramírez Bravo el guerrillero es también visto como un Cristo que abandona todo para entregarse a la causa de los pobres. Los guerrilleros se comprometen hasta la muerte por la causa guerrillera que da sentido a sus vidas. El cuento “Él” puede verse como una parodia de la guerrilla que por la adjetivación adquiere rasgos fantasmagóricos y oníricos que desrealizan a los guerrilleros.

El antagonista del guerrillero es el soldado. Son dos los cuentos cuyos protagonistas son militares; de Felipe Fierro Santiago, “El tercer soldado”; y el de Roberto Ramírez Bravo, “Soldado”. Ambos personajes son de menor rango y obedecen órdenes. Aparecen como represores. En el “El tercer soldado” la tortura se vuelve ficción, pero el verdugo no es frío, ni indiferente; para poder realizar su tarea necesita drogarse, lo cual ocasiona cambios en su personalidad y así pasa de ser un personaje sensible y piadoso a convertirse en bestia, cruel. El protagonista de “Soldado” comete de manera insensible diversos crímenes: viola mujeres, incendia pueblos, mata “indios”.

Como señala Claudia Hilb,

El criminal más terrible [es] aquel que, carente de la imaginación que requiere el pensar, no sufre de remordimientos porque ha acallado el diálogo consigo mismo anulando la pluralidad del dos en uno en su seno. La expresión por medio de clichés, de frases hechas, es la manifestación más visible de la ausencia del diálogo propio del pensar.<sup>76</sup>

Sin embargo, siguiendo los planteamientos de Claudia Hilb se puede decir que los personajes militares de ambos cuentos recuperan el diálogo consigo mismos y sienten remordimientos por sus acciones, pero ya no es posible cambiar sus actos. Y aquí retomamos el papel de la memoria que como expresa Tzvetan Todorov<sup>77</sup> cuando el individuo no puede superar

<sup>76</sup>Claudia Hilb, “Justicia, reconciliación, perdón”, en *African Yearbook of Rhetoric*, 2012, p. 44.

<sup>77</sup>Tzvetan Todorov, *op. cit.*

acontecimientos traumáticos puede enloquecer. El papel de la memoria en el cuento "Soldado" enloquece al protagonista, y el segundo soldado se suicida porque torturó a su propio hermano y no puede soportar la culpa ni imaginar que su madre se llegue a enterar de lo que ocurrió, porque lo habían acusado de "subversivo, como a otros campesinos". En el cuento "Soldado", éste enloquece después de matar a un "indio" indefenso; una vez que comete el crimen comprende que mató a alguien similar a él, por lo que decide abandonar el ejército, pues aunque se lo ordenen ya no puede seguir matando gente indefensa, aunque se le es "deshumanice" con la palabra "indios", que hace presente la discriminación que se vive en nuestro país.

Las palabras "indio" y "subversivo" deshumanizan al otro, lo transforman en objeto al que se le puede hacer cualquier cosa.

La poesía de Jesús Bartolo rememora el tiempo de la infancia, de los cambios en el paisaje evocado por la memoria. Por medio de la línea amarilla, metáfora de la carretera, llega la ocupación militar, la desconfianza, la orfandad para muchos hijos de desaparecidos. Con los militares llega la tristeza, la cruda represión a una población primordialmente de pequeños comerciantes y campesinos.

El imaginario que se va construyendo en el libro tiene que ver con lo oculto, lo secreto. La pregunta sobre el destino del padre y las posibles respuestas de lo que pudo ocurrir a los desaparecidos: torturados, enterrados en algún cementerio clandestino, arrojados al mar. La guerrilla como tal no aparece en esta obra de Bartolo. Están "los armados verdes", "los pesados camiones verde olivo". Está el dolor, la orfandad, la pérdida del paisaje, los intentos suicidas, la nostalgia de lo que se perdió. La imagen del padre desaparecido como muerto viviente. Las emociones de dolor, impotencia e injusticia.

La poética de la guerrilla tiene una parte heroica, los guerrilleros que exponen su vida por la causa, por buscar mejores condiciones de vida para los desfavorecidos. La dignidad de una sepultura para el guerrillero caído es también fantasmagórica, soterrada y cualquiera puede ser sospechoso de subversivo. La atmósfera de secreto, de lo oculto de lo que pudieron hacerle a los desaparecidos. La pregunta sigue ahí...sin respuesta.



Imagen tomada por Judith Solís Téllez.

Félix de Baloy Mayo Ventura nació en Copala el 20 de noviembre de 1948. Sus padres, Taurino Mayo Gutiérrez y Luz Ventura Pérez, fueron ambos de extracción campesina, y es abuelo materno, Gregorio Ventura Jiménez, fue dueño de la que en su día fuera la hacienda del Carmen o hacienda de Jalapancingo, en Copala, Florencio Villarreal y Cuauhtepic, con cabecera Jalapa, actual jurisdicción municipal de Cuauhtepic.

Ligado al campo, Mayo Ventura pasó su infancia en Atrixco, municipio de Copala. Estudió la primaria en su pueblo natal, y la secundaria en Chilpancingo, becado por el gobierno estatal debido a sus altos rendimientos escolares. Más tarde, ingresó a la Escuela Nacional Preparatoria y a la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México en donde estudió tres semestres de Letras Españolas.

Fue perseguido y durante algún tiempo vivió en la clandestinidad, acusado de pertenecer a agrupaciones de izquierda y de hacer labor propagandística a favor del movimiento armado en Guerrero. Debido a la persecución política se exilió en Cuba en donde cursó estudios de filosofía marxista.

Entre 1970 y 1972, se desempeñó como reportero y comentarista político de la revista *Por qué?*, y abordó temas como el caciquismo, la guerrilla y otros tópicos candentes del estado suriano. Ha colaborado en: *Oposición, La Internacional, Punto Crítico, El Socialista, El Universal, Unomásuno, El Sol de Acapulco, Vértice; La Jornada Semanal y Sábado* (de *Unomásuno*).

Ha tratado temas diversos: histórico-políticos, prehispánicos, culturales y literarios; también ha incursionado en el estudio de los pueblos indígenas y en la toponimia de las lenguas náhuatl, tarasco, mixteco, amuzgo y tlapaneco. Con su ensayo *¿Cómo desarrollar una cultura latinoamericana con nuestros propios elementos culturales?*, obtuvo en 1972, el Premio Internacional de Radio Habana, Cuba; en 1996, mención honorífica en el Primer Concurso de Cuento, en Tlalpan, y en 2000, con la narración *El asalto*, mención honorífica en el Concurso Nacional de Cuento en Tepic, Nayarit.

Ha participado en talleres y encuentros de escritores en Acapulco, Chilpancingo, Estado de México y en la Casa del Lago en el Distrito Federal.

Ha publicado los siguientes libros: *La guerrilla de Genaro y Lucio* (ensayo, cinco ediciones: 1980, 1984, 1997, 2001 y 2006), *Insolación en el trópico* (2000), *Toponimia del estado de Guerrero* (estudio etnolingüístico dos ediciones: 2001 y 2008); *Los pueblos otomianos del valle de Toluca* (estudio prehispánico y colonial, 2007). En 2009, durante el 160 aniversario de la erección del estado de Guerrero, le fue entregado por el gobernador Carlos Zeferino Torreblanca Galindo, el Premio Estatal al Mérito Civil en Literatura Juan Ruiz de Alarcón por sus producciones de investigación y divulgación que contribuyen "a enriquecer el acervo cultural del estado, y al progreso de la Literatura y las Bellas Artes".

Desde 2009 es socio de Guerrero Cultural Siglo XXI, A. C., y forma parte del grupo que elabora la edición conmemorativa de la *Enciclopedia guerrerense*.<sup>78</sup>

<sup>78</sup>De la cual se tomaron los datos para elaborar su currículum, en su versión en línea: [www.encyclopediagro.org](http://www.encyclopediagro.org)

Este sería el último encuentro entre los dos amigos.

Félix lo vio primero a la salida de la iglesia, en medio de la gente que se retiraba después de presenciar algún oficio religioso. Pero mientras esperaba a que se alejara de la muchedumbre para poder hablarle, el otro lo descubrió:

—¡Hey, Félix! —oyó que alguien le llamaba cuando cruzaba la plaza. Era Temo, y ambos vinieron hacia sí para estrecharse las manos y, rubricar, con un fuerte abrazo, su antigua amistad.

—¿Cuándo llegaste de la ciudad? ¿Has terminado tus estudios? —preguntó Temo con manifiesta alegría, tras el saludo.

Y, sin esperar las respuestas, le echó el brazo derecho al hombro de su amigo, buscando apartarse con él de la gente. Medio abrazados, caminaron en dirección de Prieta Linda, ubicada al otro lado del jardín.

—¿Acaso no has estado todavía en una cantina? —dijo más adelante, conminándolo a entrar.

Félix movió la cabeza en señal de aprobación, en tanto los ojos de ambos se unían en una sonrisa de franca malicia.

—Estando aquí un rato agradable, entonces —le dijo ya una vez en el interior de Prieta Linda. Nos tomaremos unas cervezas en saludo al encuentro —continuó diciendo mientras se acomodaban en sus respectivas sillas.

Como era costumbre, luego de verse se ponían a platicar largamente, un pasatiempo fincado en la comunión de sentimientos e ideas, desde que fueron chicos. Se buscaban a cada vuelta de las vacaciones y era para solaz de ambos el hablar de esto y lo otro, en un continuo intercambio de ideas, información y sentimientos. A tal punto habían llegado a congeniar, como suele decirse.

A Temo siempre le habían interesado los asuntos de la ciudad y de la escuela. Escuchaba al amigo con verdadera avidez de conocimiento, propia de un campesino que busca ilustrarse para ser mejor. A Félix, por su parte

<sup>79</sup>Baloy Mayo, *op. cit.*

le conmovía todo aquello que pasaba en el pueblo, tanto más cuanto que se iba sintiendo desarraigado de las cosas del campo, de su gente y del medio social en el que había nacido.

Sentados en torno de una mesa de latón, empezaron a charlar y a tomar cervezas desde el principio; era una mañana calurosa, pero que prometía ser placentera. La conversación se dirigió por los derroteros que ambos deseaban. Temo se enfrascó en el tema candente, el de la guerrilla. Antes dijo salud y chocaron sus botellas.

Empezó diciendo que el movimiento armado contaba con la simpatía popular, que había un número de hombres y mujeres con la disposición de alistarse en sus filas para combatir armas en mano y, otro más, que serviría en las distintas trincheras o tareas que se les encomendara; que él mismo ya había tomado la decisión de incorporarse en el trabajo de organización y propaganda. Para sobrevivir y estar a la altura de su misión liberadora, la guerrilla necesitaba de una base de apoyo político y de ayuda en recursos, pecuniarios inclusive. Pero un problema había surgido ya: el pueblo estaba bajo un virtual estado de sitio y la vigilancia selectiva tomaba un cariz peligroso para ciertos activistas. Nadie debía encontrarse fuera de los límites de la comunidad después de la siete de la tarde. En cuanto a él, lo encontraron sospechoso en relación con ciertas armas, descubiertas por el ejército en una de las casas de seguridad que tenían en las inmediaciones.

—El otro día me detuvieron en mi huerta por muchas horas —terminó diciendo, y chocó de nuevo su cerveza con la de Félix.

Por unos instantes guardaron silencio, en vista de que entraban y salían de la cantina personas de poca confianza o de plano sospechosas.

Después dijo:

—La cosa se ha puesto fea, como nunca.

Félix, en su turno, refirió noticias de la ciudad por el mismo estilo y aseguró que le era extraño, toda vez que carecía de información, sobre aquello que pasaba en su terruño. No obstante dijo:

—Se parece mucho.

—¿A poco también allá se lucha por la causa? —preguntó Temo con manifiesto interés.

—En la ciudad es tanto igual o más difícil cuanto que las represiones se han dejado venir en masa —respondió Félix, bajando al mínimo la voz. Luego siguió:

—Ciertamente, este ha sido un año de mucha agitación política Temo, tanto en los medios estudiantiles como en otros sectores ciudadanos. Grandes demandas de cambios estructurales han originado encendidas manifestaciones, que se suceden multitudinariamente una tras otra, en el corazón mismo de la capital. Todo ello, incluida la proliferación de grupos armados clandestinos, de tipo urbano como rural, marca en estos momentos el ambiente político del país.

—Yo creo en el cambio, amigo —le interrumpió Temo, emocionado y sin duda ya calentado por el alcohol. ¡Salud, por nuestra lucha!

—Es una tendencia ineludible de la historia, como escribió ya Flores Magón, que tendrá que darse a través de un proceso de flujos y reflujos y mediante una gran cuota de sangre, por parte del pueblo y la ciudadanía toda —concluyó Félix.

—Ya lo creo.

En el intervalo, ambos miraron en la misma dirección, con cara interrogativa. Una mujer de Prieta Linda había querido acercarse a Félix más de una vez. Pasó por la mesa y lo saludó con ostensibles maneras seductoras, pero sin detener sus pasos, al no recibir la invitación que esperaba para sentarse con ellos. Desde la barra o de cualquier otro sitio de la cantina, no dejaba de levantar la cara y mirarlos; cuando por mera casualidad, la vista de Félix se cruzaba con la suya, ella le sonreía sin el menor disimulo de coquetería, lo cual era muestra del interés que había puesto en él. Obviamente, Félix pensó en una mujer del sexoservicio, que ansía cohabitar con un recién llegado, y no dio mayor importancia al ofrecimiento que se le hacía, ya que para eso habría tiempo.

—La lucha por el cambio ya tomó rumbo nacional, y no habrá quien la detenga en su convulsiva vorágine —dijo Félix tras un rato de silencio.

—Si es así, yo estoy dispuesto a dar mi propia cuota de sangre —secundó Temo más envalentonado que al principio.

La conversación parecía no tener fin, pero por momentos les ganaba la torpeza e, involuntariamente, los gestos y las palabras subían de tono, escapando a la discreción. Alrededor de las siete de la tarde, estaban borrachos y se dieron cuenta que hablaban de más. A esa hora, los parroquianos consuetudinarios llenaban las mesas, soltando ruidos a diestra y siniestra en los que se mezclaban la alegría con los gestos impúdicos, en medio de una música de sinfonola que taponaba los oídos. Pidieron la cuenta de lo consumido y salieron de la cantina casi trastabillando, pero aún conscientes.

Se quedaron de ver al día siguiente para visitar la huerta de Temo y pasar la cerrazón de la cruda, bañándose en el agua tibia del río.

—Mañana te espero sin falta, Temo —recordó el otro con voz pastosa al despedirse de aquél.

Félix no hizo más que acostarse al llegar a casa. Sus ojos se habían fatigado y casi no veía nada. Le vino, de pronto, a la memoria, la mujer de Prieta Linda. Vio que lo esperaba con impaciencia para cuando terminara de platicar con su amigo. Era medio invisible, pero la adivinaba linda, quizá por asociación con el nombre del bar. Siente calor y una sed loca, de esas capaces de tragarse todo el agua de un caudal. Es de noche. Todo está oscuro. Lejos, en los muelles, se oye la sirena aguda, larga y triste de algún barco. Siguió soñando; un rato después, una voz, la de mamá, lo pone abruptamente sobre la realidad:

—¿Dormiste bien, hijo?

—¿Mn...? ¿Qué va? Siento náuseas y mucha sed —contesta desganado. Las imágenes oníricas de la noche aún flotan, imperceptibles, en la claridad de la casa.

A las diez en punto, Temo estaba presente a verlo. Félix lo recibió todavía acostado, somnoliento. Luego de desearse los buenos días, se pusieron a halagarse mutuamente. Félix lo llamó un par de veces “mi viejo y caro amigo”.

A continuación le preguntó, casi a quema ropa:

—Dime, Temo, ¿quién era esa dama de ayer?

Éste puso cara de enojado, bizcó los ojos y abrió ligeramente la boca. Escupió en el suelo una saliva desabrida, antes de decir:

—¿Una dama, amigo? ¿Qué dama? Por suerte no estuviste con ella anoche. Se llama Daniela y no tiene muy limpia fama que digamos. Aquí la apodan “la Bandida”, aunque tiene el aire más inocente del mundo. Llegó hace algún tiempo, dándose el título de líder de la juventud. Se pasea con el comandante del Batallón, van y vienen del mar o del río, se bañan y beben juntos. Pero esto no es lo más importante, lo que tú debes saber es que parece ser una espía, que se quiere infiltrar entre los que de alguna manera estamos comprometidos con el movimiento armado.

—Mn... —Félix lanzó una queja por todo comentario.

Montaron en sendos caballos y, sin más contemplaciones, partieron de inmediato al río. En el trayecto hablaron del campo, de las palmeras, de los

árboles de mango, nanche, papaya, ciruelos. Casi todos los frutos tropicales cultivaba Temo en su huerta, situada al borde del camino. Por aquí bajaba la gente a bañar o pescar, todo el día, pero sobre todo después del meridiano. Era el viejo camino real entonces, de peatones y herraduras, cuya arena caliente soltaba un polvo sofocante al menor soplo del aire, y que, en primavera, se alzaba en impetuoso remolino.

Después de darse un hartazgo con variados frutos, a más y mejor, bajaron al río, sumergiéndose de inmediato en aquel fluido cristalino y tibio, que los envolvió con placidez de mimo. Durante un tiempo estuvieron a merced del agua, chapotearon y jugaron al lagarto en recuerdo a los años infantiles, en que solían consumir largas horas a solaz de la mansa corriente.

Cuando salieron, Félix vio venir a Daniela en compañía de otras mujeres, que imaginó del sexoservicio o simplemente de la vida libre. Al reconocerlo, Daniela salió a su encuentro candorosa y encantadora. Él, que se creía culpable ante ella, sintió ruborizarse, pues temía sus reproches. No obstante, se recuperó enseguida, al notar que la mujer que conoció en Prieta Linda no reparaba en nimiedades, mostrando en cambio, ese aire de la persona formal que impone un trato serio, sin menoscabo de su sexo.

Entonces Félix la encaró y, le dijo, antes de todo:

—Excúsame por lo de anoche. Ya sabes que no fue una falta deliberada, me ganó la embriaguez.

Daniela apenas dio importancia con una mueca y, soltando una carcajada, dijo:

—Olvídalo. Todo fuera como eso.

Era tanto el interés de establecer relaciones con el joven, que evitó importunarlo hasta en los mínimos detalles. A la vista de Temo y en presencia de las damas que la acompañaban, se hicieron algunas caricias, con lo cual sellaron el compromiso de verse en la noche en la casa de ella.

Durante el trayecto de regreso al pueblo, Temo y Félix se olvidaron de comentar de esta mujer, pareciéndole al primero un buen taco de todos modos para su amigo de vacaciones. Mientras seguían sobre sus monturas, hubo otros asuntos que atrajeron su interés. Retazos de recuerdos infantiles y comentarios sobre el presente, ocuparon un buen rato el tiempo de su conversación, que no tenía traza de terminar nunca, pues era tanto lo que tenían que decirse.

Daniela vivía en la planta alta de una vieja casona de adobe, renovada y de toscas paredes, con una estrecha vista al mar. Félix se presentó puntual a la hora convenida. Aspiraba un cigarrillo que presto echó al suelo cuando oyó de una voz tierna, convincente:

—Creía que no ibas a venir.

Y así diciendo, Daniela fue hacia él, abriéndose de brazos, para estrecharlo en señal de una calurosa acogida. Vestía short y blusa escotada; su pelo suelto hasta los hombros, negro, parecía grueso y abundante. Félix trató de mirarla a los ojos, porque era lo que más le atrajeron desde el momento en que (hacía cosa de veinticuatro horas) la vio por primera vez, ardientes, vivarachos y proporcionados a su cara. Su cuerpo tampoco pedía más, blanca, más esbelta que gorda y de pechos sobresalientes. Oriunda de una ciudad platera (después lo sabría), provenía de una rancia familia colonial, venida a menos con el tiempo. Félix no pudo menos de imaginar los acontecimientos que iban a producirse, mientras subían las escaleras, él tras ella.

Cuando entraron a la habitación lo tomó cariñosamente por las sienes, acercó su rostro al suyo y, mirándolo fijamente a los ojos, dijo con apasionada seriedad:

—Debes saberlo todo, ¡ahora mismo!

Él no supo que responder a eso, pues lo tomó desprevenido.

—Pero qué dices, Daniela —alcanzó a balbucear segundos después, casi involuntariamente.

—Vamos a platicar, amigo. Te tengo una confesión, que te será útil en estos momentos para desentrañar ciertas incógnitas. Ésta será la confesión realmente reveladora que hayas tenido con persona alguna del pueblo —le aclaró, en tanto se ocupaba en acomodar una mesita y dos sillas.

—No sé de qué se trata, pero aquí me tienes para escucharte —convino Félix sentándose y dedicándole una sonrisa, a la vez de confianza y de admiración.

Sobre la mesita se hallaba una vodka, una jarra de vidrio con agua de coco, dos vasos, cigarrillos; elementos agitadores del ánimo todos ellos, para pasar una velada placentera entre un hombre y una mujer.

—Primeramente, brindamos por este encuentro —invitó Daniela.

—¡Salud! —dijeron a la par.

—Sí, te tengo una confesión —remarcó luego de libar luego el primer trago. Mejor dicho, dos confesiones —corrigió enseguida. La primera es que te amo, eres mi tipo de hambre: moreno, resuelto, inteligente. Luego me conocerás, soy una mujer sin prejuicios, ¿lo ves?

En actitud expectante, Félix guardaba silencio saboreando los halagos que le profería esta atractiva mujer, inquieta pero cautelosa en todos sus movimientos. Incluso tierna en su mirada y apasionada en sus palabras, propiedades todas ellas de una mujer auténticamente sensual, capaz de someter al hombre a sus deseos. Enseguida encendió su estereofónico y puso música huapanguera; y, haciendo esto, dijo:

—Para que no escuchen los de abajo, lo que hablamos.

Félix asintió con un ligero movimiento de cabeza, mientras ella volvía a sentarse a su lado.

—¿Tú eres periodista, verdad? Según tengo entendido, escribes en una revista política, de denuncia. ¿No? se me escapa su nombre ahora, soy olvidadiza a veces.

—“Política”, se llama, precisamente —repuso Félix —y es de izquierda, para más señas. También colaboro en la revista “Por qué?” Aborda toda la gama de asuntos políticos de la lucha independiente de obreros y campesinos, comprendidos los movimientos armados en el país. Ya la leíste, supongo.

—Sí, tengo algunos ejemplares escondidos en casa de una amiga. ¿Sabes? La policía y el ejército se han puesto a registrar algunos domicilios, cuyos dueños les parecen sospechosos de leer este tipo de literatura y quizá de otras cosas, como de posesión de armas.

—Sé un poco de eso, me lo participó mi amigo Temo, quien además me corrió la voz de la simpatía que hay en el pueblo en relación con la guerrilla. Estoy tomando nota de todo, mientras me encuentro aquí.

Daniela escuchaba callada, pensando en las posibles disparatadas del señor Antelmo contra su persona. “Es un hombre que no vale la pena, al que no tiene que mirar una mujer que se respeta, una persona que lucha por causas nobles como yo”. Pero luego contesta, segura de sí mismo:

—Sin duda hay algo que no sabes, que el propio señor Antelmo no conoce por carecer de sentido común, eso es lo que quiero comunicarte.

—Está bien, puedes hacerlo, Daniela —contesta Félix intrigado.

Los ojos de ella no dejan de mirarlo, ardientes, y entonces él le hace unas caricias en las manos y le besa en la boca. Ambos pasan la lengua por

sus labios. Acto seguido, ella sonríe; finalmente su rostro en expresión seria se dirige a él.

—Pertenezco al grupo armado que combate en la sierra. Estoy aquí de paso, cumpliendo una misión —comenzó a decir.

—¡Ah, caray! —observó Félix, confundido.

—¿Verdad que no te pasaba por la mente, en lo más mínimo?

—Sinceramente, no. Temo me ha dado, a decir verdad, otras referencias de ti, las cuales distan mucho de eso. Pero, por supuesto...

—Comprendo —le atajó Daniela, esbozando una sonrisita instantánea, esta vez amarga. En realidad mi condición me ha orillado a esconderme en otra persona, bajo otro nombre y con objetivos aparentemente distintos a los que persigo. Tengo de estar aquí cosa de tres meses, y me quedan ya escasos días para abandonar este lugar. La misión ha sido difícil, poco afortunada ya que hasta ahora no se ha logrado todo lo planeado, ni ha salido todo tan bien como era de esperarse. Pero ahí vamos... Ya hubiese cuajado el objetivo de no ser porque alguien nos hizo una traición, acaso involuntaria o por lo que fuese, pero se vino todo abajo. Empezamos de nuevo... y ya ves.

—¿Ya conocías el lugar?

—No, es la primera vez que me encuentro por aquí.

—Pero, qué con el Comandante, según sé te paseas con él. Qué hay.

—De eso te voy hablar. El plan es el siguiente. Confío en tener un confidente seguro, de izquierda —dijo algo turbada.

—Así es, sin duda, podrás confiar por completo.

—Bueno, el general Ricardo Oropesa, Comandante del Batallón, lo he estado sondeando día y noche. Allí en el otro pueblo tiene su cuartel y para conocer bien de su situación interna y externa hasta he tenido que tratarlo a él personalmente, con todo el riesgo que ello entraña. Ahora ya conozco el cuartel y sé de sus desventajas.

—Me parece bastante temeraria tu situación —observó Félix.

—No importa, pero no vi otro medio más seguro de hacerme de información fidedigna. Está previsto un asalto dentro de unos días. El párroco Donato Contín, tres maestros, un sastre, dos mujeres más y yo, lo hemos organizado. Tu amigo Temo —Antelmo— ha sido descartado de este comando armado, porque aunque sabe usar con destreza un rifle y hasta puede ser más audaz que nosotros, no tiene la suficiente claridad ideológica, ni el carácter para estas cosas. Suelta los secretos fácilmente, aunque es sincero,

estoy segura. A causa de su actitud imprudente, perdimos un plan que implementamos antes. Así las cosas, se han hecho las prácticas pertinentes de tiro y las armas ya están preparadas, herméticamente guardadas en la sacristía de la iglesia. Todo está dispuesto y previsto, incluso las contingencias.

—Esto no debe saberse más —advirtió Félix después de escucharla. No debe saberse —concluyó por lo bajo, cortando la conversación. Prendió un cigarrillo, y quedó pensativo, como asimilando lo que había oído.

—¿Necesitas la luz? —habló entonces Daniela, poniéndose de pie para apagar la música.

—¿Deseas la oscuridad? Adelante —respondió Félix. Así se está mejor, en la penumbra es más fácil hablar sin que se escuche.

Mas luego todo se volvió susurro entre los dos, que se habían estrechado de brazos, ardientes. Uno y otra se corresponden intensamente.

*Descreída  
de la confesión  
pasas a la extrema unión.*

Pensamientos de amor y de lucha se entrecruzaron en la mente de Daniela. “La revolución comienza y termina en los actos hermosos de la vida”, recordó emocionada la letra de un poema... “Es todo un hombre, no sé por qué me recuerda a Rafael cuando joven, antes de ser guerrillero y morir en combate”.

—Félix, cariño, fíjate iqué hermoso es luchar y edificar nuestro propio destino! ¡Todo esto es hermoso, lo hemos hecho nosotros!

Al oír los gritos él se despertó, exhausto y sombrío por efecto de lo sucedido en la noche y mirando sin reconocer nada al principio. Pero se sentó en la cama y, acto seguido, maquinalmente, apoyó la cabeza en las rodillas de su amante; la muchacha enderezó el cuerpo y se puso a contemplarlo con los ojos fijos en él, descreídos pero ardientes aún. Después de aplicar un beso en la boca, amoroso y lleno de ternura, ella se levantó y dijo casi en sollozos:

—Espero que esta no sea la última vez. Te escribiré si vivo —terminó sonándose con amargura.

Todo esto vendría a la memoria de Félix un año después, con una precisión que lo estremeció al leer la carta que, firmada con su verdadero

nombre y patronímico, le enviara la guerrillera Daniela. La misiva decía, entre otras cosas, lo siguiente:

*El asalto fue un éxito, por cuanto se logró en la confiscación de armas y pertrechos militares y, también de muertos, en el bando contrario. Los compañeros salieron ilesos y hasta se llevaron un jeep del batallón repleto de material utilizable. Sólo se falló en algunos detalles: mi captura a manos de las fuerzas enemigas. Recluida por largos meses en un calabozo militar, sobrevino hace poco mi liberación merced a la pujanza de las armas. En el comando de rescate intervino, debo decir que valientemente, el señor Antelmo Castañeda —tu amigo Temo. Te participo con el más hondo pesar su caída en combate en esta, para mí, heroica y humana misión.*

*Desde las Montañas del Sur*

*Te quiere siempre  
Estela Mastache.*

#### FELIPE DE JESÚS FIERRO SANTIAGO



Imagen tomada por Judith Solís Téllez.

Nació en Plan del Carrizo, municipio de Atoyac de Álvarez, Guerrero en 1962. Escritor y periodista, es autor de los siguientes libros: *Tierra mojada. Crónicas y vivencias* (1998); *El último disparo. Versiones de la guerrilla de los setentas* (2006) y *El silencio del viento* (2010). Es editor del Semanario *ATL* de

Atoyac, con 14 años de circulación en la Costa Grande. Dentro de su preparación académica es Técnico Industrial Forestal, por el CBTF 5, de Tierra Colorada, Guerrero, licenciado en Físico-Química, por la Escuela Normal Superior de la UAGRO, licenciado en Matemática Educativa por el Centro de Actualización del Magisterio (CAM) de la SEP, licenciado en Educación Superior, por la UAGRO, maestro en Educación Media Básica, por la Normal Emperador Cuauhtémoc de Acapulco; candidato a la maestría en Ciencias en la Especialidad de Matemática Educativa (UAGRO-SEP).

## EL SILENCIO DEL VIENTO<sup>80</sup>

Agarró el calendario y desprendió las hojas de los días anteriores. Los rayos del sol caían como plomada ardiente: 2 de diciembre de 1974; la mañana se había escapado con el resto del día. Después, Elizabeth se alisó la frente y los cabellos canos, se acomodó los lentes de vidrios gruesos y el rebozo de hilo de seda negro con puntos blancos que apenas sobresalían —semejaba carrillera de cuero en su menudo cuerpo.

Miró el diminuto reloj de pared —la manecilla de las horas alargó su brazo para quedar apuntando las tejas y los morillos heridos por los dientes de los comejenes— así permaneció durante los 60 latidos del corazón de la tarde que repiqueteaban como duendes inquietos en los espacios de los adobes carcomidos de la casa alargada de pilares redondos, igual que la manzana donde desfilaban como vagones de trenes las otras viviendas sobre la calle Hidalgo. Los olores de café recién puesto sobre la hornilla se confundían con el aroma del grano de la nueva cosecha que empezaba a acostarse en los patios de tierra y concreto.

Doña Eliza —así la conocían los vecinos— sólo le había dado un sorbo a la taza de café que humeante reposaba en la madera de la mesa de la cocina, se regresó dos veces temerosa, de las gradas del corredor de la casa; la escalera parecía persuadirla directamente a pesar de sus huaraches de plástico, la sintió más rústica que cuando el profesor había hecho las reuniones allí para después disfrutar los tamales nejos con dos o tres tazas

<sup>80</sup> Felipe Fierro Santiago, *El silencio del viento*, México, Col. ATL, IGC-H. Ayuntamiento Municipal de Atoyac-Conaculta, 2010.

del aromático grano con la intención de evadir el sueño en las discusiones y análisis del movimiento local que terminaban en la madrugada.

Revisó su vieja *Biblia* empolvada, miró el camastro de tijera y jarcia, que permanecía junto al burro de planchar arrumbado en la esquina. Su hija Hilda lloraba desconsolada en la banca que le robaba espacio al regordete guardarropa: “¡Madre, es él! ¡Es él!, me lo confirmó el alcalde, lo llevaron los militares a identificar el cuerpo”—. La hija dejaba escapar las lágrimas que había mantenido escondidas durante siete años. “¡Ya me lo dijo el alcalde!; los militares lo llevaron a reconocerlo ¡Si voy me agarran! Lo sé, me lo dijeron” —gemía suplicante la mujer que treintañera había sido cesada de su escuela por motivos políticos.

Eliza daba vueltas y vueltas al centro de la vivienda, trataba de hilvanar sus pensamientos; se dirigió a soplar los fogones de la chimenea donde los ojos de las brasas se sonrojaban a cada intento salpicado de saliva. Desparramó sus enaguas en la vieja mecedora de palos labrados y de bejucos torcidos, mientras los mecates entrelazados peleaban de dónde agarrarse ante el peso que los presionaba.

Cerró los ojos y se lo imaginó tal como después se lo contó el alcalde: “estaba desnudo ya lo habían bañado, sus costillas se le contaban, pero en sus ojos todavía existía ese brillo que lo hacía diferente, de no ser por las heridas mortales hubiese pensado que estaba dormido en medio de la vegetación verde que lo arropó durante siete años”. La exactitud del tiempo se medía tan rígida como el cuerpo inerte en la camilla de lona verdeazul olorosa a benzal y alcohol que se negaba a salir del cuartucho improvisado en anfiteatro. —Fueron siete años y meses— dijo el tiempo ante la imprecisión del pensamiento.

La noche anterior despertó con la mañana del día siguiente, los ojos de Eliza permanecieron abiertos como la ventana de la casa; en la que rasguñaban los ladridos y aullidos de los perros. Era 3 de diciembre, el movimiento de militares por las calles del pueblo se mezclaba con el repiquetear de las campanas de la vieja iglesia y con los resoplidos de la bocina del vendedor de periódico que a pulmón abierto gritaba la noticia, mientras los curiosos salían de sus casas con una moneda apuñada por el miedo. ¡Es cierta la noticia, madre! —dijo Hilda— desconsolada al ver la fotografía en el papel.

Eliza miró el burro de madera donde había planchado la ropa del profesor, ahora sí debía pensar en ese momento, la esperanza se le había escapado por los resquicios de las tejas del techo; se acordó de la plancha de brasas descansando en el brasero antes de soltarle las caricias a los pantalones que en la escuela asomaban sus líneas perfectas coqueteando con los zapatos negros de agujetas, mientras las líneas de las camisas se perdían en el dobléz de las mangas largas. Varias veces un cacho de ceniza metía la pata para acariciar la prenda de vestir y se desdibujaba como la última línea del gis en el pizarrón que quedó escrito aquel 18 de mayo antes de la hora del recreo.

“¡Ya lo enterramos!” —sonó la voz autoritaria del guardia que vigilaba la entrada al cuartel.

—¿Qué era para usted el bandido?— exigió la voz de un oficial que sonriente mantenía en la mano el periódico vendido por la mañana— “¡Era amigo y compañero de mi hija en el magisterio!” —dijo Elizabeth sin bajar la mirada— “¡Denme el cuerpo para velarlo y enterrarlo como dios manda!” —volvió a insistir la madre de Hilda.

El oficial se acomodó la pistola 45 y dio dos pasos hacia donde estaba la anciana, fueron quizá fracciones de segundos en los que entrecruzaron las miradas; para Eliza el tiempo se había detenido, sintió un calor en las manos como cuando agarraba del mango la plancha de brasas, o cuando la acercaba al brasero; ese calor se apoderó de sus orejas y de su cara, mientras al interior del cuartel el sonido de una corneta amenizaba el eco seco de los tambores; lentamente Eliza bajó la mirada mientras escuchaba a quien se le había puesto enfrente: “Ya lo enterramos a las 9:30 de la mañana. ¡Así que váyase!”

“No te preocupes hija” —dijo la madre más relajada— “Esa tumba la vamos a cuidar hasta la muerte, esperaremos que la historia vuelva a tocar la puerta de esta casa”. Hilda no la escuchaba, su mirada seguía enterrada en el suelo, a la par se le escapaban suspiros aislados que la inercia de su cuerpo descargaba.

Afuera la brisa de la tarde corría desorientada por las calles. Las parvadas de pájaros y garzas jugaban con los retazos de nubes, mientras en El Otatal y en la sierra las balas seguían silbando enloquecidas sin encontrar donde sentarse.

Sólo una había sido suficiente para acallar al viento.

*...A la sangre joven que quedó sembrada  
en los años setenta.*

El detenido perdió el conocimiento. Entre sus piernas escurría un hilillo de sangre; las pinzas quedaron a un lado de la mano izquierda del segundo soldado, quién cerró durante unos instantes los ojos dejando entreabierta la boca. Por su mente empezaron a reflejarse las imágenes, su madre descalza lavando ropa sobre la piedras del arroyo, su padre con la ropa rota y su sombrero de palma, a un lado se escuchaban los gritos y la tortura de otros detenidos, la luna empezaba a besar los cerros, mientras el aire de la madrugada despertaba a los árboles.

El torturado era casi un niño, lo habían capturado como a otros campesinos acusados de subversivos. “Arránquele las uñas y córtele los güevos, a estos hijos de su chingada madre así hay que tratarlos...”, las órdenes del capitán del ejército, eran fuertes. “Es sólo un baboso” —dijo el soldado— “me da lástima”; “o lo madreas o yo te parto tu madre” —dijo enérgicamente el militar de alto rango. Agarra las pinzas. Aunque las pinzas estaban tan frías, en los dedos del soldado, la sangre calentaba su cabeza, en la esquina del sótano los chillidos de las ratas se repetían una y otra vez.

¡Espérate!, “jálale a la hierba pa’ que no sientas y no te remuerda la conciencia”. La voz no salía del sótano, ni del foco, ni siquiera del contacto de luz que no se utilizó en esos momentos, menos de una rata que asustada pasó por en medio de los pies del torturador, quizá la voz salía de sus entrañas o quizá del viento que desnudaba las caras de los muros de las paredes, de los tanques y helicópteros, que esperaban la orden para ser despertados.

No, ino puedo! —míralo con esa cara, no creo que sea guerrillero, si lo madreo me va a remorder la conciencia por toda mi perra vida. Tienes que agarrar las pinzas —dijo el tercer soldado, que se imponía con dureza.

El torturado cerró los ojos, las pinzas, manejadas por las manos, agarraron los testículos y los masacraba lentamente, los gemidos y los gritos de dolor retumbaban en el sótano. ¡A ver, güey! ¿Ahora si vas a hablar? preguntó el soldado con los ojos rojos y las pupilas dilatadas. ¡Ya déjalo cabrón! —dijo entre nervios y coraje el segundo soldado...

¡No, no sé nada! ¡Yo no soy guerrillero! —decía entre llantos el joven detenido. Así dicen todos los hijos de la chingada cuando los agarramos;

iputos!— sólo en bola son valientes, seguía diciendo el tercer soldado. En el sótano el olor a marihuana era intenso, tras la ventana se empezaba a ver la luz de las luciérnagas, algunos gallos empezaron a cantar; los tambores y las cornetas dejaban ir su grito de guerra.

La luz del nuevo día empezó a bañar las copas de los árboles, la cara y los gritos de dolor del torturado retumbaban en la conciencia de su verdugo; el dolor ajeno era lo de menos, mientras que en cada grito desgarrador, sentía que le trituraban el corazón, pero tenía que cumplir órdenes superiores, así es la milicia, “las órdenes no se discuten, se cumplen”... ¡hijos de puta! —se dijo entre dientes... pero su mente se contraía, no sabía cuándo iba a ser él, ni cuándo iba a actuar con esos impulsos que lo convertían en bestia.

La víctima trató de sentarse, al final se sentó, todo le daba vueltas, estiró una de sus manos a sus genitales, la sangre le bañó las uñas, mientras las yemas de los dedos palpaban una sustancia gelatinosa, cueros y pedazos de pelo colgaban triturados, agachó la cabeza y sollozando escribió con su sangre sobre el piso rústico de cemento, ¡perro! ¡Pinche perro!

Se volvió a tirar al piso, mientras sus ojos quedaron fijos en el techo de concreto, se acordó de su novia, de sus piernas delgadas pero bien formadas, de los hijos que querían cuando se casaran, de la casa que construiría, del arroyo y de la forma como se masturbaba escondido atrás de las piedras, hasta sintió correr los espermias calientes por la pierna derecha, trató de detenerlos con la mano del mismo lado, pero entre sus dedos quedó un cuajaron de sangre con un líquido amarillento. Volvió a perder el conocimiento, las pinzas seguían en el mismo lugar; el chillido de las ratas era más intenso.

Afuera no cesaba el ruido de los helicópteros, varios campesinos con las ropas desgarradas eran conducidos al sótano, la historia se repetía, los gritos y la sangre eran las mismas, solo se cambiaba de persona, la edad era lo de menos, las horas parecían no avanzar, los remolinos que se formaban en el patio subían y bajaban la basura, y la enviaban a las nubes, pero había una basura que entraba y salía del sótano sin que el viento le hiciera algo... tres horas más tarde el sol se perdía en el horizonte, el canto nostálgico de los gallos recibían las tinieblas.

El tercer soldado no sabía qué hacer, agarró su chaqueta manchada de sangre, caminó como robot por las polvorientas calles de la ciudad, su mirada perforaba las piedras con que tropezaba en el camino, el segundo

soldado iba con él, pero no hablaba, llevaban los mismos pies y la misma cabeza, el tercero lo había dominado, a los lados de la calle la gente caminaba sin mirarlo, los que lo encontraban se hacían a un lado. “Qué dirá mi madre cuando sepa que yo torturé a su hijo”, se dijo repetidas veces, “qué dirían mis sobrinos los que nunca nacieron”. Nunca entenderán que las órdenes no se discuten ¡Se cumplen!

Detuvo su paso, sacó la pistola que siempre lo acompañaba, miró al infinito, las estrellas empezaban a brillar, un viento frío recorrió las calles, pero también lo sintió en las venas, su labio inferior era incontrolable, bajó el gatillo, con su mirada parecía implorar ayuda, accionó solo una vez sobre la misma cabeza; cayó como fardo sobre las gradas del cuarto donde pasaba sus días de franco, sangre y sesos mojaron la tierra, un gemido se perdió lentamente en el espacio.

Del segundo soldado nadie sabe nada, ni siquiera el capitán que daba las órdenes. Días después eran sacados varios bultos del sótano envueltos con plástico y amarrados con reatas, mientras los helicópteros se perdían y regresaban entre lo azul del cielo y el mar...

ROBERTO RAMÍREZ BRAVO



Imagen tomada por Marisol Ramírez Carpio.

Nacido en 1964, Ramírez Bravo es originario de Ometepec, pero ha vivido desde muy pequeño en Acapulco. Desde 1990 ha sido reportero en varios

periódicos de Guerrero y jefe de Información en: *El Sol de Acapulco*, *Milenio Guerrero* y *La Jornada Guerrero*, de donde es actualmente coordinador de información. Ha impartido clases de periodismo en la Escuela de Ciencias Sociales de la UAG, y en la Universidad Loyola del Pacífico.

Ha publicado relatos en revistas como *El puro cuento* (Distrito Federal), *Conversa* (Morelos), *Hojas de Amate* (Guerrero), y en las revistas electrónicas: *Palabras Malditas*, *El mundo del cuento*, *Ficticia* y *La página de los cuentos*.

En 1987 la Universidad Autónoma Metropolitana Iztapalapa le publicó *El viaje*, tras haber obtenido el primer lugar en el I Concurso de Cuento Correo Menor/estudiantes.

En 1999 se publicó en Acapulco, *Sólo es real la niebla*, Editorial Sagitario.

En 2005, obtuvo la beca Foeca 2003 para obra terminada, y publicó en Praxis, el cuento *Hace tanto tiempo que salimos de casa*.

En 2009, con Praxis publicó la novela *Las pausas concretas*, y fue presentada por Juan Villoro en la FIL de Guadalajara y por Yuri Herrera y José Dimayuga en el Palacio de Bellas Artes.

En 2013, editorial Praxis publicó su segunda novela *El nombre de la luna*.

ÉL<sup>81</sup>

Así lo vi la última noche del invierno, cuando aún tenía fuerzas para seguir viviendo y su organismo no había sucumbido a los estragos del alcohol: andaba con paso sigiloso arrastrando los fracasos de siglos que le colgaban por el cuerpo.

Era navidad y mi última noche en el pueblo aquel de polvo y viento. Por eso no pude evitar una sensación indefinible de angustia al verlo arrastrar con pesadumbre unos pies antiguos que habían perdido su ligereza desde hacía milenios con la cabeza toda hecha una maraña indescifrable después de que habíamos pasado juntos gran parte de nuestra juventud en medio del ambiente decrepito de escuela secundaria cuando todo era brincar por brincar, pleitos y avioncitos de papel.

Fue una imagen de momento, de tal forma que no pude reponerme a la sorpresa de verlo envejecido prematuramente, viviendo a medias por un

<sup>81</sup> Roberto Ramírez Bravo, *Hace tanto tiempo*, op. cit.

casi milagro sobrenatural cuyo influjo aparecía en forma intermitente, porque ese hombre, casi mi hermano, era entonces una sombra que se perdía entre los matorrales de mi pueblo viejo; lo vi solamente un instante y no pude dejar de notar el progreso de la decrepitud prematura que los años de insomnio y de hambre le produjeron, porque en el silencio eterno de su pena sin nombre se había roto a pedazos la vida y se había devorado hasta el último resquicio de su esperanza tratando de apaciguar un hambre milenaria que nadie supo nunca comprender, ni él buscó en nadie la mano amiga que lo impulsara hacia afuera del abismo.

Enfrascado en sus teorías de reconstrucción del mundo se gastaba la vida hasta el último aliento para venir a confirmar que no, así no se puede, y caminaba con un libro bajo el brazo cuando salíamos a recreo y jugábamos a los policías y ladrones, pero su pensamiento sólo yo lo conocía, porque era el único a quien contaba sus penas y a quien hablaba de su casa de adobe con techo de lámina negra, y de su padre que lo quería mucho pero que nunca estaba con él. “Es un hombre de negocios que lucha por la paz del mundo”, me decía orgulloso al recordar al hombre sin rostro que lo había engendrado hacía ya tantos años y que se pasaba la vida cruzando montes y laderas en busca de una paz quimérica que no existía sino en los sueños del adolescente ilusionado, porque jamás lo conoció, pues el padre ausente jamás regresó a verlos a él y a su hermana en el pueblo del olvido. “¡Ah, pero cómo nos quiere el pobre!... Lástima que no pueda vernos”, recalaba a veces sin falsa tristeza y sin falso orgullo.

Habíamos estudiado juntos la secundaria en esa escuela de pueblo donde los más novedosos conocimientos eran las más antiguas escrituras de libros de museo cuyas hojas amarillentas se despegaban al primer pase descuidado, y estaban siempre arrumbados en una polvosa estancia con anaqueles vastos que servían de libreros en una escuela de fantasmas a la que sólo tenían acceso los profesores. Pero nosotros llegábamos hasta ahí sin que se dieran cuenta y todos los días bebíamos a grandes sorbos los conocimientos del olvido hasta que comprendimos que conocíamos muy poco de todo y nuestros profesores sabían aún menos que nosotros, y con nuestro libro de texto bajo el brazo nos íbamos juntos a jugar a los policías y ladrones en el barrio de La Candelaria cuando salíamos a recreo, mientras él me platicaba a mí solo el alcance de sus planes, pues soñaba con ser un día un hombre de grandes conocimientos y viajar por el mundo entero

pregonando la paz quimérica que su padre buscaba entre los montes y los valles, sin descontar las desérticas laderas de los duendes y la mujer de oro que pervertía a los inocentes en las noches de abril; soñaba con un mundo donde todo mundo fuera feliz “porque la paz de Dios es nuestra”, decía, “nos la han robado y es hora de ir por ella hasta encontrarla”.

Pero sabía que en los montes y laderas no la encontraría jamás sino que debía crearla, inventarla aquí entre los hombres y las mujeres, porque así debe ser, decía, y me enseñaba los mapas que había arrancado de los libros prohibidos para no perderse cuando saliera a buscar a los demás hombres más allá de los montes abandonados, y no tenía mucha preocupación porque pensaba que el mundo era pequeño. “Apenas sales del pueblo y termina, mira bien los mapas”, decía, y creía tan fielmente en sus mapas de la era precámbrica que nunca pude disuadirlo de su loca idea de enmendar el mundo a fuerza de palabras, ni pudo jamás entender que su padre ni lo quiso nunca ni nunca se preocupó por la paz de un mundo que él sólo veía en sus ilusiones de adolescente, sino que lo había procreado a él y a su hermana sin un gesto de amor y los abandonó cuando ya no pudo mantenerlos, y murió borracho más tarde al despeñarse hasta el fondo de un precipicio al tiempo que maldecía su suerte por haber engendrado a esos dos seres que en sus locas ansias de vivir le quitaron la paz que no tuvo desde entonces hasta el día de su muerte en desfiladero del Coyote, bajo el silencio de una noche estrellada y fría, sin nadie que le llorara porque cuando encontraron su cuerpo era ya imposible reconocerlo. Y su hijo, sin embargo, imaginaba a un héroe legendario que en una noche de octubre, mientras la luna estaba plateada en el cenit, abandonó el pueblo en busca de la paz del planeta, y esta creencia lo mantuvo taciturno y pensativo, aislado de todos pero firme y con un ansia de vivir inquebrantable. “Es mi destino y no moriré hasta cumplirlo”, me dijo incontables ocasiones cuando le regalaba mi torta de chorizo para que aguantara el hambre que traía atrásada desde su infancia, mientras conseguíamos robarle al gordo una de sus cinco tortas para el recreo, y él siempre permanecía ajeno porque en el fondo pensaba que este pueblo no lo necesitaba. “Aquí nadie se muere de hambre y todos son felices”, decía, pero no comprendió nunca que un milagro intermitente le conservaba la vida en un pueblo de hambre donde nadie se muere de hambre, porque cualquiera, decía, podía encontrar comida con sólo ir al monte y cortar hojas y raíces, y pensaba que ahí nadie lo

entendía y buscaba siempre mi compañía hasta que terminamos la escuela secundaria y tuvimos que separarnos al continuar mis estudios en la capital, donde el mundo parecía crecer hacia adelante a pasos desmesurados, envolviéndome en la vorágine de sus luces y sus ruidos altisonantes, hasta que sin darme cuenta me fui adaptando a una vida llena de agitación y el amigo aquel del pueblo del olvido fue quedando poco a poco en el olvido y mi memoria lo archivó con todo y pueblo.

Cuando habían pasado algunos años recibí una carta suya, con una litografía de príncipes medievales y estampillas del correo municipal donde me hablaba de su reconciliación con los hombres y sus pasos lentos por el pueblo sin tiempo. Me contó que la escuela todavía guardaba los fantasmas húmedos del sótano donde escondimos nuestros primeros libros, me dijo que se sentía más solo y más triste y más antiguo que nadie y que ansiaba partir con las misiones de peregrinos hacia el infinito universo que permanecía oculto tras los silencios de la sierra más fría y más solitaria del mundo, que en las tardes doradas de abril se sentaba bajo las parotas para ver el camino de su esperanza, que en las noches lluviosas de julio permanecía junto al candil frente a la ventana divisando en la distancia las laderas de los duendes y los montes decrepitos, y los años de soledad que se oponían a la liberación de los pueblos, y en las veintidós cuartillas de su extensa carta me dijo que seguía nutriéndose de las arcaicas lecturas de nuestra escuela secundaria y que había desentrañado del sótano del olvido los manuscritos de Nostradamus y las obras de Nietzsche y que entre los libros prohibidos se encontró a Marx y a Engels, a quienes no pudo entender del todo porque el único libro de ellos que encontró estaba casi hecho pedazos y aniquilado para siempre por la polilla; me dijo por último que se sentía frustrado, que a veces dudaba de si la vida tendría sentido, que ansiaba salir de ese pueblo en el que se sentía prisionero y abandonar para siempre la región del olvido, pero no podía dejar a su hermana porque era lo único que tenía y lo que más quería, y después de aquella carta no volví a tener noticias de él en mucho tiempo.

Cuando regresé al otro diciembre las cosas en el pueblo estaban todas cambiadas, las laderas de los duendes habían sido cortadas, las parotas derribadas y los precipicios rellenos con cadáveres de campesinos, y el sótano del olvido había sido arrasado para siempre con todo y sus anaqueles vastos y sus libros de los tiempos de Adán y Eva, y la escuela secunda-

ria fue convertida en cuartel militar y los caminos de piedra y lodo fueron transformados en calles con nombre y un número para cada casa.

Habían venido de la capital militares torvos con su bota y su fusil. Llegaron de improviso, al amanecer, sin que nadie tuviera tiempo ni forma de avisarme durante mi larga estancia en la capital pues la correspondencia desde ese momento fue intervenida y confiscada.

A mi arribo, no vi los grandes árboles de las montañas solitarias, ni vi las márgenes frías de los arroyos ni a las mariposas tempraneras, ni a los amigos de la infancia ni las casas llenas de luces por la proximidad de las fiestas decembrinas.

En la antigua escuela de mis tiempos se apostó la cuadrilla de militares que establecieron desde ahí el toque de queda a las seis de la tarde, y patrullas de sujetos torvos y sin cabellos recorrían el pueblo y escrutaban todo a su alrededor con la mirada asesina y una sonrisa sin dientes. Pregunté por el amigo antiguo de mi niñez y hasta ese momento pude conocer los designios ocultos que la vida le tenía preparados.

Me contaron que pasó un año y medio encerrado en los sótanos de la biblioteca encerrado con los fantasmas, leyendo, sin comer y sin dormir, y que luego se convirtió en un esqueleto pálido y desaliñado que cruzaba los caminos dando traspies sin que nadie supiera qué buscaba ni qué quería, y que los esfuerzos de su hermana por hacerlo volver a la vida habían sido siempre infructuosos, hasta que un día ella se fue quién sabe a dónde y quién sabe con quién, y lo dejó más solo que nunca en los tiempos de un pueblo sin tiempo, o quizás tan solo como él quería que lo dejaran, porque a partir de entonces se le vio andar con pasos sigilosos arrastrando una pesadumbre de siglos hasta que le volvió el color y sus pasos se hicieron ligeros y presurosos, y fue en esos días cuando abandonó el pueblo, y hubo quienes decían haberlo visto por las laderas de los duendes montando una mula más dormido que despierto, otros contaban que lo encontraron durmiendo una noche a la luz de la luna bajo los árboles frondoso como un aparecido, y había quienes afirmaban que estaba organizando una revuelta contra el gobierno con todos los indios de las montañas más altas y más alejadas.

De modo que el amigo aquel se convirtió en una leyenda fantasmagórica que cruzó los caminos como él quiso hacerlo siempre y su nombre se repitió día tras día y de montaña a montaña con alusiones cada vez más

fantásticas y cada vez más sorprendentes. Se decía que encontró por accidente los secretos originales heredados por Jesucristo a sus apóstoles y que los había usado en su provecho, se dijo que arrastraba consigo los años de insomnio y de hambre y abandono que le habían hecho agraciado a los ojos de Dios y que hacía milagros y curaba a los enfermos con sólo tocarlos y que su voz tenía un tono de santidad, de modo que dejaba en todo lugar que visitaba un remanso de paz y cada día eran más los seguidores que abandonaban lo que no tenían para marchar tras él, y se decía también que nunca usaba sotana ni besaba la cruz ni rezaba las oraciones por todos conocidas, sino que hablaba de la libertad que Dios puso en cada persona y de la naturaleza divina de todos los seres del planeta, pero al mismo tiempo explicaba que nadie es pobre por naturaleza ni el sufrimiento es sinónimo de dignidad.

Según me fui enterando, su fama se extendió por toda la región del olvido hasta que mucho tiempo más tarde volvió al pueblo. Al llegar lo reconocieron todos, pero supieron de inmediato que no era el mismo, su mirada era serena y su paso tranquilo, y su voz solemne y majestuosa, y tenía la expresión de alguien que ha viajado por todos los caminos. Llegó con unos cien campesinos de los pueblitos más pobres y arrumbados de la región, venían sudorosos, extenuados, con azadones y hoces, y machetes y martillos en las manos, y más bien parecían el ejército más pobre y más triste del mismo infierno.

Sus sombreros eran de paja y sus ropas eran grises, pero alguna vez fueron blancas. En las orillas del pueblo pasaron una noche bajo la luz de la luna y el frío intenso mientras los habitantes los miraban sin atinar a unirlos o intentar ignorarlos.

“Nos preguntábamos si hablaría de Dios”, recordó mi madre mucho tiempo después; pero se habían equivocado, porque él empezó preguntándoles a todos si tenían hambre, si tenían frío, si tenían cosecha segura, si eran felices.

“Así comenzaba siempre”, me dijo Rutila mi vecina; así preguntaba, y cuando le contestaban que sí tenían hambre y frío, que la cosecha era de los intermediarios, él se pasaba a explicarles por qué las cosas eran así, por qué los intermediarios sin ningún esfuerzo se quedaban con todo mientras ellos veían a sus hijos morir por falta de alimentos y de medicinas, hasta que los campesinos excitados levantaban alto sus improvisa-

das y futuras armas y lanzaban vivas en su nombre. Entonces les decía que era preciso mantenerse unidos porque el fin del hambre, de los trabajos excesivos, de los asesinatos de indios, estaba por llegar, y como recorría los pueblos más pobres, en poco tiempo reunió al ejército más grande que se haya visto en la región del olvido y el más bravo y más dispuesto a todo, de modo que cuando realizó su primer asalto el resultado fue más exitoso de lo que se esperaba.

Atacaron los ranchos más prósperos, los más ricos y más fructíferos primero. El grupo rebelde fue creciendo y cada vez era más grande y más poderoso, y cuando intervino el ejército, mi amigo de la infancia, a quien nunca imaginé dotes de estrategia, utilizó prácticas de guerrilla y obtuvo triunfos en cadena, burlando y derrotando al enemigo en las cañadas y en las laderas donde se les aparecían como fantasmas y luego se esfumaban como la niebla.

Fue por eso que los militares optaron por instalarse en todos los pueblitos pobres de la región del olvido y convirtieron en carreteras los caminos de tierra y en cuarteles a las escuelas, y mientras en las montañas los rebeldes se aglutinaban, en las poblaciones los campesinos eran aprehendidos y subidos en helicópteros.

A veces llegaban patrullas militares a los pueblos y hacían matanzas en la plaza pública, buscaban en el interior de las chozas y asesinaban a los hombres; a las mujeres, si las veían sospechosas de algo las violaban, y si no, de todas maneras las violaban.

Y cuadrillas enteras de militares derrumbaron las parotas para que no ocultaran a los rebeldes y llenaron con cadáveres de campesinos los precipicios, y las otrora románticas laderas de los duendes fueron cortadas y el pueblo viejo se convirtió en un reducto del infierno donde a las seis de la tarde de todos los días estaba prohibido continuar con las luces de los candiles encendidas y toda reunión era declarada atentatoria contra el gobierno de la república, de modo que en ese año mi visita fue más lánguida y efímera de lo que yo hubiera podido esperar o desear antes de volver.

La vuelta a la capital fue de expectación. Mis objetos personales fueron revisados, la correspondencia intervenida, y se decía que todos aquellos que entraban o salían de la región del olvido eran vigilados para siempre sin que se dieran cuenta.

Luego, las noticias para mí fueron escaseando, los rumores se apagaron y la prensa nacional guardó silencio. Otra vez sin darme cuenta la región del olvido fue quedando en el olvido con todo y su estado de sitio y la impenetrable soledad de sus montañas mancilladas.

Durante los años siguientes sólo recibí dos cartas. Una, de mi madre, donde me contaba que los soldados habían ordenado evacuar la zona pues se tomarían medidas más radicales. La otra carta era de él, y en ella me explicaba por qué escogió el camino de las armas. Me dijo que tras su encierro en los sótanos de la secundaria comprendió por fin que la vida no es ni un regalo ni un juguete, sino algo más valioso. “La vida es divina”, anotó, y me explicó que había entendido, a fuerza de no comer, que el hambre no es mérito ni orgullo, sino el resultado de una forma desigual de vida. “Entonces —decía— debemos luchar por recuperar lo que nos han robado”, pero también supo que no conseguiría nada con sólo palabras, y por eso organizó a los campesinos tristes que habitan los pueblitos de la región y formó un ejército tan grande y poderoso que se convirtió en el dolor de cabeza del gobierno federal.

Cuando volví dos años más tarde al pueblo las cosas nuevamente habían sido cambiadas. Los cerros fueron movidos de un lugar a otro para despistar a los rebeldes, por sugerencia de los mercenarios estadounidenses entrenados en Brasil que trajeron los militares: construyeron cerros donde no los había, desviaron el curso de los ríos, persiguieron como perros de caza a cada uno de los contendientes del bando alzado y poco a poco fueron cerrando el cerco hasta que los tuvieron al alcance de su mano. Emplearon tanques de guerra, ametralladoras, helicópteros, minas personales y todo lo que pudiera diezmar a ese ejército fantasmagórico. En los pueblos fueron más paternales: trabaron amistad con los moradores, llevaron enfermeros y medicinas, le cortaron el pelo a los niños, ayudaron en los casos de inundaciones y levantaron puentes en los caminos. Para cuando los campesinos advirtieron el engaño, ya los alzados habían sido diezmados, muertos unos, presos otros, ajusticiados entre ellos los delatores y otros más, los que tuvieron mejor suerte, terminaron ahogados en el alcohol que corrió fuerte por la zona.

Pasó mucho tiempo desde entonces.

En la navidad pasada lo vi por última vez. Andaba con pasos de siglos arrastrando los fracasos que le colgaban por el cuerpo, convertido ya en

una sombra indefinible que se deslizaba entre las matas de mi pueblo, con la cabeza toda hecha una maraña indescifrable y arrastrando unos pies antiguos que habían perdido agilidad. No pude hablarle y no volví a tener noticias de él sino hasta que hubo transcurrido un año y medio más, y me enteré por una carta de mi madre que había logrado escapar de los militares por accidente y que al ver rota su increíble esperanza y desmembrado su afán de lucha con el fin de la guerra y la muerte de sus seguidores, no pudo evitar volver sus pasos hacia su vitalicia melancolía y se dejó atrapar por el alcohol y se volvió más triste y solitario y más antiguo que el mundo, hasta que murió de viejo y de borracho en el abandono silencioso de un monte cuya geografía había sido modificada sólo para apresarle a él, sin que nadie imaginara que moriría solo y de muerte natural, olvidado incluso de sus enemigos y sin que ojos humanos vieran su último adiós a esta tierra sin nombre que le dio la vida, tan lejos de todo tiempo y de todo recuerdo, más allá de todo olvido, porque ese hombre, casi mi hermano, sembró en el surco un ventarrón que quizás, con el tiempo, volvería a soplar con fuerza. Y la carta terminaba diciendo que pronto celebrarían el primer aniversario del retiro de los militares.

Y sólo yo supe que en verdad él no murió, ni sucumbió a los estragos del alcohol, ni su siembra carecerá de frutos, porque ahora está aquí, conmigo, pensando solamente en volver...

## SOLDADO<sup>82</sup>

Yo lo maté, padre. No me había hecho nada. No violó a mi mujer ni asesinó a mis hermanos, ni tiró mi troje, ni incendió mi pueblo. Como le digo, no me había hecho nada. Decirle que fueron órdenes no sería exacto. Sí nos mandaron a acabar con los guerrilleros, sí nos autorizaron a violar a las niñas, a las casadas y a las ancianas, pero yo no lo maté por eso. Lo que a mí me pasó fue más grande. Era el diablo el que hablaba y actuaba por mí. Era sólo un gusto, quizás un miedo. ¿Cómo decirle? Hasta ese momento yo pensaba o sentía o imaginaba que aquel hombre era sólo un indio, y esa

<sup>82</sup>Se publicó por primera vez en el Semanario *La Palabra*, Acapulco, Guerrero, en el año 2000.

palabra para mí, en ese instante, era sólo como un número, como un muñeco, pero nunca como una persona.

Aquella había sido una noche muy larga. Íbamos subiendo por la ladera confiados en el blindaje de nuestros vehículos y en el número de nosotros y en el armamento que llevábamos, cuando oímos los disparos. Sabíamos que era una zona de guerrilleros, pero nunca se nos ocurrió que nos atacarían. Sin embargo nos atacaron antes de que pudiéramos doblar la curva y sin darnos cuenta quedamos en la mitad de un fuego cruzado. Una bala entró certera por la mirilla de la tanqueta y ahí quedó bien muerto el teniente José Agustín Dillanes, ese que al otro día los periódicos dijeron que había salido ileso. Nos diezmaron, nos hicieron correr como maricones, nos quebraron, padre. Pero no fue por eso que yo maté a aquel indio. Como pudimos nos comunicamos a la base pidiendo refuerzos, y fue entonces cuando ellos iniciaron la retirada, dejándonos ahí con la angustia de nuestros muertos, y a mí con el dedo meñique que me estalló por un disparo. A las ocho de la noche llegó el general, sin sus insignias y sin el coraje que yo esperaba ver en él. En vez de eso, parecía un niño asustado, un hombre absolutamente derrotado. Venía con tanques, con médicos, con dos helicópteros que hicieron reconocimiento sin encontrar a nadie en los caminos, sin localizar huellas de los guerrilleros. Nos coparon, padre, y con su perdón, nos dieron en toda la madre. El aire estaba lleno de pólvora e incienso, del olor de las flores machucadas, de un hedor de muerto que lo abarcaba todo, como hoy en esta iglesia, como este cortejo que está llegando, como la misa de difuntos que usted va a officiar.

Déjeme contarle. A las diez de la noche ya se habían levantado los cuerpos: ocho en total, ningún guerrillero entre ellos. Entonces dijo el general: "hay que seguirlos. Cácenlos, mátenlos, pero no regresen con las manos vacías". Entonces iniciamos nosotros la cacería: subir y bajar por los cerros, llegar a los pueblitos a la media noche, asaltar, poner a la gente con la cara al piso y ejecutarlos ahí mismo si se resistían. Pero nuestro trabajo no resultó como esperábamos, porque cuando llegábamos a un pueblo lo encontrábamos vacío, algunas veces sólo con los ancianos y los enfermos, otras veces nada más veíamos a los chivos y a las iguanas trepándose en las piedras, o eso parecían en la oscuridad, y quizás no eran sino los mismos indios huyendo de nosotros. Casi en la madrugada perdi-

mos la cuenta del tiempo que llevábamos entre aquellas veredas, y el miedo nos empezó a caer encima como una roca, o como un trozo de hielo, pesado y frío. A cada paso sentíamos la presencia de los guerrilleros, imaginábamos que otra vez nos diezmarían, que caeríamos sin ningún remedio, que éramos una especie de fantasmas que habían perdido sus cuerpos durante la balacera y que andábamos, muertos ya, con un balazo metido entre los ojos. ¿Cómo saber en esos momentos dónde estaba la realidad, y dónde empezaba la pesadilla de aquella caminata absurda hacia ninguna parte? ¿Cómo saber si los pueblos que quemábamos, si los viejos que dejábamos tirados por el camino eran reales; si el temblor de nuestras rodillas se justificaba con el frío de la noche, si nuestro sobresalto ante el ruido de un pájaro nocturno o ante un fantasma tenía sentido? ¿Cómo saberlo, padre? Dejamos varias rancherías incendiadas a nuestro paso, varios cadáveres sembrados. Las órdenes eran claras: “cácenlos, mátenlos”, nos gritaba el general desde adentro de nuestras cabezas. Y así lo hicimos.

Y el muerto, aquel fue un muerto mío nada más, padre. Sólo mío. Por gusto, o quizás por miedo. ¿Que si me arrepiento? Tal vez, no sé. Era un indio como todos los demás. Lo encontramos en una casita de barro, sentado en la mitad de aquel cuarto oloroso a tierra. No habló ni cuando le rompimos los dientes, o cuando se los rompí yo solo, porque aunque lo cuento en plural, nadie me acompañó en aquel hallazgo. Estaba sentado en el suelo, con las rodillas dobladas, rodeadas por sus manos toscas. Vestía de blanco y parecía un pájaro a punto de alzar el vuelo, quizás una paloma asustada. Era un viejo, indudablemente, pero no podría saberse si tenía cien o quinientos años. Sólo me miraba. Sus ojos eran inexpresivos, pero terribles por la ausencia de rencor que había en ellos, terribles porque aunque lo pateara y aunque le pegara con mi arma no dejaban de mirarme, terribles porque callaban lo que hubieran querido gritarme. Sus ojos me taladraban, padre, era aquella visión un grito pesado porque no se oía, pero entraba por mis cuencas, estallaba en mi cerebro y desnudaba lo poco que me quedaba de emociones, arrojándome al miedo, arrojándome a una maldita condenación sin sentido. Le pegué hasta cansarme, y cuando sentí su mirada fría le descerrajé un balazo entre las cejas para callar ese delirio, pero los ojos de plato del muerto seguían mirándome. Entonces grité: “¡Ya cállate, ya cállate!”. Entonces me revolqué por aquel piso de tierra roja y mis compañe-

ros pensaron que deliraba debido a la herida en el dedo. Y yo gritaba, y me arrancaba los cabellos y no podía apagar esos ojos que estaban adentro de mí. Por eso lo maté, padre. Por eso lo maté. Hace tres días ya, o un mes, o un año, no sé bien. Sólo sé que desde entonces aquel indio me persigue. Lo he vuelto a ver en las laderas, en el hospital, en el depósito donde fueron llevados los cadáveres de los soldados para que no se descompusieran, lo veo en el espejo, siempre en cuclillas, siempre como queriendo levantar el vuelo, con una mirada que es una pregunta, que lo mismo es una condena o un perdón, lo veo con esa baba que le salía de la boca ante los primeros golpes, y con la sangre que se le reventó en los ojos por el balazo pero que no le apagó aquellos dos círculos de pescado que tenía junto a la nariz. Hace tres días, o un mes, o un año, no sé bien, dejé el servicio militar. Ya no puedo matar números, no puedo crear otras estadísticas. Ahora sólo busco escaparme de aquel indio que no me dijo una palabra, que no violó a mi mujer ni asesinó a mis hermanos, pero que me persigue desde adentro, que murió de mi mano, ese a quien convertí en fantasma. Perdóneme, padre, he pecado. O no me perdone. Quizás no vale la pena, porque no hay escapatoria. ¿Sirve de algo intentar huir? En la puerta de la iglesia él sigue sentado. Lo miro desde aquí, lo huelo, lo siento. Está esperando levantar el vuelo, está esperándome. Y yo tengo miedo. ¿Quién me ayudará en medio de este funeral, padre? ¿Quién detendrá mi pánico en este cortejo fúnebre con su olor de flores de difunto por aquel soldado que murió hace tres días, o un mes, o un año, no sé bien? El indio está sentado, y al muerto le lloran sus hijos sin que él lo sepa, pues no oye los ruidos, ni siente al viento correr, ni tampoco la asfixia de su féretro. Sólo es un soldado muerto, simple y felizmente muerto. Y yo aquí, padre, tengo miedo. Porque nadie me mira, porque nadie tropieza con mi cuerpo ni se topa con mi mirada. Sólo esos ojos que me persiguen, que me señalan, que me flagelan. Perdóneme, padre, usted que puede. O no me perdone, quizás ya no tiene importancia.



Imagen tomada por Judith Solís Téllez

Nació en Atoyac de Álvarez, Guerrero en 1970 y es licenciado en Educación Física. Entre sus publicaciones individuales figuran: *Las regresiones del mar* (1998); *Poemas para besar una espalda* (1999); *Cachimbo (La Tinta de Alcatraz, 2004)*; *El responso del gato* (2004); *No es el viento el que disfrazado viene* (2004); *Estar de vuelta* (2006); *Aviso de ocasión* (2008); *Diente de León* (2009); *Iconografía de un duelo* (2011); *Calle Agustín Ramírez* (2013).

Ha obtenido los Premios: Mención en el Premio Nacional de Poesía "Para Cantar en las Barcas", Casa de la Cultura de Tabasco en el Distrito Federal, en 2000, Premio Estatal de Poesía en el Estado de México convocado por el Centro Toluqueño de Escritores en 2000, mención en el Premio Nacional de Poesía de los Juegos Trigales del Valle del Yaqui de Sonora en 2003, becario del Fondo Estatal para la Cultura y las Artes del Estado de México en 2003. Al año siguiente obtuvo el Premio Estatal de Poesía María Luisa Ocampo, fue también becario del Fondo Estatal para la Cultura y las Artes de Guerrero en 2006 y en 2008, ganó la convocatoria para Ediciones del Instituto Mexiquense de Cultura en 2005, con el libro *Estar de vuelta* y obtuvo el tercer lugar en el Premio Letras del Bicentenario, Premio Internacional de Poesía Sor Juana Inés de la Cruz y el premio Nacional de poesía Mérida, en 2012.

Aparece también en las siguientes antologías: *Ríos interiores: poesía guerrerense contemporánea* 1999; *Amar el mar*, 2002. *Poetas y narradores de la selva cafetalera*, 2001; *100 poetas del mundo*, 2006 y 2008, *Descifrar el laberinto*, 2008, *Ilumina de azul el alma*, 2008, *Palabras en Poesía. Diccionario Poético por cincuenta poetas mexicanos*, 2008.

Ha publicado asimismo en periódicos y revistas estatales y nacionales.

NO ES EL VIENTO EL QUE DISFRAZADO VIENE  
(POEMA EN CUATRO ACTOS Y UNA CODA)<sup>83</sup>

*A... Ausencio Bello Ríos:  
ya no más ausencia ni llanto.  
Para Guadalupe López y Aleja Ríos.  
A los desaparecidos.*

Primer acto

*Mabré*: Mabré es etéreo y terrenal. Mabré es el Viento y el Pueblo de que se habla. Mabré es todas las voces y a su vez ninguna: es un recuerdo colectivo. El mismo Mabré, cuando habla, es sólo memoria del otro que fue.

Personajes

Mabré

Viento

Narrador

Línea amarilla

Niño del cuadro

Coro

Abuela

Espejo

<sup>83</sup> Jesús Bartolo Bello López, *op. cit.*

Mabré  
(Canción)

Abrirán las campanolas por santo y seña  
y sobre Mabré caerán los trazos.  
Cada cual trenzará el polvo de su estar.  
Florecerán las calles en índigos y peroratas.  
El agua bosquejará las nubes  
como ave onírica y de raíz en simiente.  
Alisios serpenteantes dejarán sentirse.  
Mabré... Mabré... Mabré... Mabré...  
Y buscarán secretos debajo de las soleras;  
fondearán por lo que aquí resta, los barcos,  
en la ceguera del pájaro absoluto.  
En la ceguera y por agua Mabré, no bastará...

*Para Renato Rueda.*

*Coro*

El viento entra como coruco en el pelambre ágata de las calles.

*Mabré*

Allá en la infancia lo recuerdo tigre, todo a tropel, explorando cada rincón sin el menor miramiento, luchando con los árboles que cedían algunas hojas, risueño y con la gorra de lado después de su travesura. Cuando paraba en una esquina, las mujeres se santiguaban porque en sus ojos, lo mismo que en su lengua, el deseo era una mano perfecta.

*Narrador*

El viento de aquellos días traía noticias de manera sosegada. Hablaba al oído y cuando era necesario gritaba en forma de campana o de aullido. Otras veces graznaba y los viejos comprendían el presagio. Entonces el disimulo se volvía un arma y los rezos, pequeños dientes que buscaban roerle al miedo aquello cierto.

### *Línea amarilla*

Como un niño tras su pelota, el viento corría hacia abajo del pueblo. Cuando cambiaba de dirección subía de peso y un húmedo olor como de lejos traía entre sus dedos.

### *Mabré*

Por él supe la palabra mar y de una carretera y de una línea amarilla que se tendía hasta que los ojos no podían nombrarla.

### *Niño del cuadro*

Al mediodía el viento, igual que un becerro, buscaba sombra y quieto panza arriba se entresacaba de las uñas recuerdos. Más de una vez le vi llorar pronunciando nombres de conocidos de su infancia que ya no estaban.

### *Mabré*

Más de una vez le miré buscar rostros en su memoria y encontrar siluetas blancas.

Ahora sé: eran nombres y rostros de los desaparecidos.

### *Comadre*

De los que nunca se van, de los que por olvido siguen vivos y tanta muerte no les hace falta.

### *Coro*

Sí, de ellos, de los desaparecidos...

### *Viento*

Déjame contarte, decirte este dolor que me cruza como un río y me parte; hablarte sin descanso de este pueblo, de ese pueblo que era, que fue, que aun siendo el mismo, ya no es.

¿Sabes?: lo que tengo de nostalgia lo tengo de edad. Desde entonces el grito ahogado y los ojos ciegos de mirar tanto.

Aquí estuve cuando la primera lluvia y escuché lo que dijo sobre cada nuevo techo, en cada solar, en cada brecha que se abría con perspectivas de calle.

Supe por qué llegó la línea amarilla y cruzó el pueblo y subió a la sierra.

### *Narrador*

Con la línea amarilla llegaron los armados verdes. La gente se volvió hosca y desconfiada. La palabra desaparecido, ramificó sus letras.

### *Viento*

Sí, conocí a tu padre. Él tenía el nombre de la ausencia, el cabello negro, la edad trivial de los jóvenes. En sus ojos como cientos de pájaros, el destino. Caminaba firme y con medida. La zancada era larga. Respiraba fuerte porque los olores eran nuevos cada mañana y escuchaba sin parar porque todo él, era un ruido.

### *Mabré*

...Aquel viento bajo los almendros se ponía el disfraz de viejo y siseaba y ceceaba, hasta pasada las seis, el nombre de los difuntos.

Sentado en la orilla de las tejas hurgaba en el bolso de su overol y sacaba un peine con que: a los mirtos desenmarañaba, a los almendros les alisaba los recuerdos, a las adelfas les trenzaba su olvido y a los tulipanes les encendía sus pétalos y luego los soltaba en el frescor de un canto de grillos.

### *Línea amarilla*

El viento jugaba a la pelota y reía niño.

Los niños oteaban la noche y tú los distraías con tus muchas voces: a veces imitabas un gato, luego un bote y cuando de veras te querías reír, gritar el nombre de todos desde un árbol, era tu mejor broma.

### *Mabré*

Te vi en bermudas y sin camisa en los días de canícula. Otras veces desnudo en la orilla del río, pensativo como una salamanqueja, fumándote un cigarro sin filtro, sintiéndote rudo y con la mirada tierna.

Cuando me dijiste tu nombre, aquella tarde en la radio se escuchaba música clásica con intermedios de poemas de Trakl. Llovía y yo, sentado en la ventana, miraba tan largamente que la lluvia se volvía tristísima. Tú, sin el arrebató con que zarandeabas a los árboles, soltaste a mi oído: "pronto la noche arderá en farolas y el recuerdo de ti mirando hacia el sur batirá mi cuerpo y el croar de los sapos será una ventana cerrada".

### *Coro*

Corría el agua por el fingido urbanismo que a su vez era arrastrado.

### *Mabré*

“El sonsonete pesado y sombroso de la lluvia hilvana la memoria de nuestro polvo”, oí que dijiste; “soy Mabré”. Yo corrí con mi madre y le dije que el viento tenía nombre y mi madre, me dijo que sí, que el viento tiene muchos nombres.

Ahora sé que te llamas como cada pueblo y que de cada uno sabes su historia.

### *Niño del cuadro*

Un capullo del mar que buscaba entre los almendros corazones de sol para penderlos a tu sombra eras. Ofrecías tu monólogo y tus preguntas tendían a los pájaros palabras encintas de vigilia. Jugabas con el mar por unas caracolas a las canicas; cuando perdías, el mar te hablaba de ellos, de los sin rostros, de los que en su calladez son la espina. Sí, de ellos: los lluviosos, los sin nombre, de los que no se fueron, de los que se llevaron...

### *Coro*

(Sale de escena mientras un proyector muestra imágenes de una gota cayendo sobre la cabeza de un desaparecido. Mabré y el Viento frente a frente iluminados por luz violeta)

### *Mabré y Viento*

—Escuchas, Mabré? Los pájaros han exiliado al pueblo de sus cantos.

—Mabré siempre es así cuando la lluvia: un gorjeo de agua.

—Un gorjeo? Mabré es más triste que la mano de Dios dibujando una lágrima.

—Del canto de los pájaros, de eso que dicen, háblame Mabré; ahora que todo lo callado nos revienta. Vamos, dilo: quizá no sea el pueblo el que se derrumba, quizá seamos nosotros los que envejecemos.

—Envejecemos porque se nos mueren los recuerdos y los árboles que vivimos han muerto. Porque la calle en un hueco enterró su infancia y los juegos que jugamos son anécdotas que algunas veces por nostalgia contamos.

—La luz que en las sombras es sombra destella. El niño que una vez fuimos, somos; y el pueblo es un viejo que se cambió de frac, pero es el mismo que seguimos amando.

—Escuchas? La tarde llora mientras llueve y el mar esconde el celofán de su ternura en cada grieta amarilla de Mabré. Los solos se comen las uñas y al igual que los gatos buscan un tejado donde guarecerse del olvido. Escuchas? Harta soledad son las casas y los pájaros de vez en vez sueltan un graznido más que por canto, por desmemoria.

—Los pájaros, son los que me duelen, sus chillidos que nombran el polvo que somos, que vamos siendo. Sabes? Me duele este nombre y esta lengua antigua: ya no me habla de las cosas aquellas que del mar atrapadas en las caracolas se quedaban.

Me duelen los que partieron y que no se han ido. Me duele este pueblo. Me duelo yo...

—Te contaré una historia sobre una herida de donde nacen palomas cuando llueve. Y de esas palomas diré, que tan luego miran el sol quedan encinta de palabras que sólo el mar sabe.

Sabes? Esas palabras están escritas en los espejos y cuando uno se mira en ellos, la muerte se siente paloma.

Decía: no hay silencio que guarden las caracolas, apenas si su flor de hierro —que a su vez busca las cornisas donde Mabré se sabe un forastero, que va deshuesándose y deshuesándonos el pensamiento.

Sabes? Hay un licor que tiene el vuelo de una paloma que a la hora de la lluvia nos encuentra.

Mejor así te lo diré: de mi herida salen palomas murmuradas por una lluvia flexible como las premoniciones.

Las caracolas envejecen porque su mar adentro extravía el nombre y una raída podredumbre de los días enseña sus pájaros y sus cantos.

—Viento cascabel, suenas cobalto entre la piel urdida que raíz de lirio enmohece. Te oyes argonauta y viejo, te escuchas mar. Allá en mi infancia resoplabas recio y esto de contar te dolía menos. Háblame de él, Viento; de él, que entre tus costillas vivió la historia de Mabré; de él, que de la mano tuya se bañó en el río; de él, que sembró almendros y mangos y supo de ampollas en la mano y anduvo caminos porque tal vez sabía... Dime de él, Viento; de él, que se fue cuando mi memoria no tenía brazos para asir recuerdos; de él, a quien se llevaron cuando yo miraba hacia el sur por la

ventana; de él, porque lo mismo que yo cuando llovía, volvía tristísima la lluvia.

—La lluvia que se aviene como merolico a peinarnos el corazón con su golpeteo de niña en prisa, la lluvia que sobre Mabré escribió la tristura de la gente porque —sabes?— la gente de Mabré es triste.

Conocí a tu padre una mañana en que las palomas buscaban un sitio donde guarecer sus dudas y el río se asía a las orillas para no seguir su cauce. Él caminaba de la mano de tu bisabuelo y le preguntó por su padre. Al viejo se le anegaron los ojos y sólo respondió que apresuraran el paso.

Tu padre cargaba con el nombre de tu abuelo y tú con el de él. La abuela te ama tanto porque, dice, eres el vivo retrato de su hijo.

Apenas el gallo le ponía el cascabel a la mañana, tu padre se levantaba y miraba hacia el sur a donde las constelaciones se mueven secreto para desaparecer.

Tu padre era como la línea amarilla: no tenía fin.

—Mi padre es una colección de fotos que no llega a diez. Es sólo la preocupación perpetua de la abuela. Un rostro inmóvil del cual no sé su sonrisa. Una parte de Mabré que solamente tú no olvidas. Es el largo de la calle por donde Dios, ha mucho, no pasa.

—Ves, Mabré, cómo tu tristeza es antigua? De qué sirve que diga: “tu padre era un ciruelo de frutos dulces”. Decirte: “su voz fulgía como chicharra en la tarde y sus manos ramas de parota, te abrazaban pájaro o duende dormido”.

De qué, que te cuente mientras bebes y caes en la trampa de ese animal que te habita.

—El dolor que tengo no punza, es esta olvidadez de ser la que me pudre. Este buscar donde nada hay y todo se encuentra.

—¡Mabré! ¡Mabré! ¡En qué parte del mar naufragas, en qué parte de ti andas perdido, a qué silencio concurre, en qué polvo indagas el polvo que eres. En qué árbol sesteas la mirada? Dímelo, Mabré.

—Soy la línea amarilla y la gente que llegó para inundar Mabré; el chapote que se robó nuestros corredores; la tele, al viejo que contaba cuentos. Dejé de ser el ruido del juego y preferí la sombra. A la lluvia le entregué mi alegría —y son las horas que la lluvia no regresa. Soy el río que nombra las piedras porque agua ya no corre. La memoria de los sauces incesantes de recuerdos para que sus trazos de pájaros no se sequen. Soy los almen-dros de la calle cada vez más vieja. El parque a donde los niños no concurren

a imaginar historias. Soy la danza que todos nombran pero que nadie baila. Soy Mabré, el niño muerto, la ciudad mal planeada; el hueco en el hueco.

—Mabré, tu dolor es de lejos. Son tus labios que no dijeron muchas veces padre. Son tus manos que no le abrazaron; es la ternura que tienes dentro como un cáncer. Son los días en los que esperabas mirarle llegar por el final de la calle. Es tu forma de odiarle con ese amor con el que muchas veces le reprochaste a Dios. Eres tú, Mabré. Eres tú, Mabré, el que rumia la vida y no la ladra.

—Escuchas? Los pájaros han exiliado al pueblo de sus cantos.

Y los cantos traen de lluvia las gotas mansas de la muerte.

Y la muerte que miramos no es la que nos duele.

Lo que nos duele, es esto que ha dejado de habitarlos.

—Lo que nos habita viene de más antes.

Y de más antes no este silencio, si no la herida de donde nacen las palomas.

Las palomas que depositan sus dudas en las grutas del gallo como certezas de haberse encontrado.

—No es el espejo sino la memoria, el encuentro.

La línea amarilla que nos evoca el punto medio.

La mitad errante que a veces nos desboca como si río anduviéramos.

—Somos agua que anda, polvo fértil del polvo que calle se muere; calle que estéril de juegos su animal desgaja...

Escuchas? Los pájaros han exiliado al pueblo de sus cantos.

—Canto fue la infancia? Hilo de papalote en vuelo?

Raído estaba más de antes, Viento.

Mabré diluyéndome como cuento cuando baja la tarde.

Escuchas? Los pájaros han exiliado al pueblo de sus cantos.

*Coro*

(Entrando a escena en procesión)

Los pájaros que cuentan  
*Las cuentas pardas del rosario*  
Los pájaros que me llaman:  
Viento, Padre, Niño, Pueblo...  
Mabré, Mabré, Mabré...

## FUENTES CONSULTADAS

- ANDERSON, Benedict, *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, México, Col. Popular, Fondo de Cultura Económica, 1993.
- BACZKO, Bronislaw, *Los imaginarios sociales. Memorias y esperanzas colectivas*, Buenos Aires, Argentina, Nueva Visión, 1991.
- BAJTÍN, Mijaíl M., *Problemas de la poética de Dostoievski*, Primera reimpresión, Breviarios, 417, México, Fondo de Cultura Económica, 1988.
- BELLO LÓPEZ, Jesús Bartolo, *No es el viento el que disfrazado viene*, México, Centro Toluqueño de Escritores-Instituto Mexiquense de Cultura-H. Ayuntamiento de Acapulco-Dirección de Cultura, 2004.
- BERISTÁIN, Helena, *Diccionario de retórica y poética*, México, Porrúa, 2010.
- CABRERA LÓPEZ, Patricia y Alba Teresa Estrada, *Con las armas de la ficción. El imaginario novelesco de la guerrilla en México*, vol. 1, México, UNAM-Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades, Col. Debate y Reflexión, 2012.
- CÁRDENAS, Alejandra, “¿Hubo una vez alguien llamado Alicia?”, en *Versos de amor y anarquía*, Serie Nuevos Escritores, núm. 2, México, Universidad Autónoma de Guerrero, 1985.
- CASTORIADIS, Cornelius, *La institución imaginaria de la sociedad*, Barcelona, Tusquets Editores, 1983.
- ENRÍQUEZ, Victoria, *Bajo el polvo de arroz*, H. Ayuntamiento Municipal de Chilpancingo, 1987.
- FIERRO SANTIAGO, Felipe, *El silencio del viento*, México, Col. ATL, IGC-H. Ayuntamiento Municipal de Atoyac-Conaculta, 2010.
- GALEANA LAUREL, Enrique, *Tempestades*, México, Chilpancingo, UAGro, 2005.
- GALVÁN, Felipe “La historia de Miguel”, en *Más teatro joven de México*, México, Editores Mexicanos Unidos, 1980.
- , *Cóndor a la luz de la luna*, México, Col. Escenaria, Editorial Anónimo, Drama, 2002.
- GONZÁLEZ RUIZ, José Enrique, *El banquito de la foto del recuerdo. El chino y el invidente (dos cuentos de la Guerra Sucia)*, México, Querétaro, Comisión Estatal de Derechos Humanos-Editorial Tierra Roja, 2003.
- HILB, Claudia, “Justicia, reconciliación, perdón”, *African Yearbook of Rhetoric*, 2012.
- Informe de Misión a México, Grupo de trabajo de la ONU sobre las desapariciones forzadas o involuntarias*, México, ONU-DH, 2012.
- Informe de la Fiscalía Especial para Movimientos Sociales y Políticos del Pasado. “Qué no vuelva a suceder”*, México, FEMOSPP, 2005.

- LÓPEZ AIRE, Antonio, *Poéticas y retóricas griegas*, España, Editorial Síntesis, s/f.
- MARTÍNEZ REYES, Arturo, *La piel se retuerce en el tiempo*, Acapulco, México, Taller Alarije, 2004.
- MAYO, Baloy, *Insolación en el trópico*, México, Biblioteca Guerrerense, Grupo Jaguar Impresiones, 2000.
- MONTEMAYOR, Carlos, *Guerra en el Paraíso*, Barcelona, Seix Barral, 1991.
- RADILLA MARTÍNEZ, Andrea, *Voces acalladas. Vidas truncadas. Perfil biográfico de Rosendo Radilla Pacheco*, Chilpancingo, México, Ser mujer-UAG, 2008.
- \_\_\_\_\_ y Claudia E.G. Rangel Lozano (coords.), *Desaparición forzada y terrorismo de Estado en México. Memorias de la represión de Atoyac, Guerrero durante la década de los setenta*, México, Plaza y Valdés, 2012.
- RAMÍREZ BRAVO, Roberto, *Hace tanto tiempo que salimos de casa*, México, Conaculta-IGC-Praxis, 2005.
- \_\_\_\_\_, *Las pausas concretas*, México, Praxis, 2009.
- RUEDA, René, *Los símbolos de No es el viento el que disfrazado viene*, tesis de licenciatura en Letras Hispánicas, México, UAM, 2011.
- SOLÍS-TÉLLEZ, Judith, "Los ecos de la guerra sucia en la literatura guerrerense", en *Tierra Adentro*, núm. 140, junio-julio, Conaculta, 2006.
- \_\_\_\_\_, "Dos casos de padres de familia desaparecidos en la guerra sucia de Guerrero: Rosendo Radilla Pacheco y Ausencio Bello Ríos", en Rogelio Araujo Monroy (coord.), *Sueños de la ciudad. Violencia social*, México, Fonca Conaculta-La Lesque, 2011.
- \_\_\_\_\_, "Reseña de Roberto Ramírez: Las pausas concretas", *Ide@s Concyteg*, pp. 1075-1090, 2011.
- \_\_\_\_\_, "El papel de la memoria y la retórica de la deshumanización en dos discursos militares", en María Alejandra Vitale y Philippe-Joseph Salazar (coords.), *African Yearbook of Rethoric. Rhetoric in South America*, 2013 (ebook).
- TODOROV, Tzvetan, *Los abusos de la memoria*, España, Paidós, 2008.

## Páginas web

- Caso del señor Bello Ríos Ausencio en la página web [cndh.org.mx/sites/all/fuentes/documentos/informes/especiales/desap70s/expedientes/RURAL/fr\\_rural.htm](http://cndh.org.mx/sites/all/fuentes/documentos/informes/especiales/desap70s/expedientes/RURAL/fr_rural.htm)
- Enciclopediagro.org, consultada el 20 de julio de 2013.